

24 m
ANT-XIX-1289/7)

R-41-047



DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

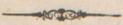
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA.

el día 23 de Enero de 1863.



MADRID,

1863.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 2.

DISCURSO

DE

D. EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA.

SEÑORES :

Pocos, en ocasiones como la presente, habrán menester en tanto grado como yo, de vuestra indulgencia. La consideracion de los escasos títulos que puedo presentar ante vosotros, al ocupar un puesto generalmente destinado para recompensa de trabajos asíduos y de saber profundo, produce en mi ánimo sentimientos de gratitud, que no sabré expresar cumplidamente. Y más crece mi confusion al meditar cuán imposible ha de ser para mí resarcir, ni á fuerza de laboriosidad y estudio, la irreparable pérdida, que aún lamenta esta Real Academia, de uno de sus más dignos miembros, á un tiempo mismo político ilustrado, historiador concienzudo, fecundo poeta, juicioso crítico, orador eminente, del autor en fin del *Edipo*, de *Doña Isabel de Solís*, de *Hernan Perez del Pulgar*, y de tantas otras producciones literarias ó políticas, que han de llevar su nombre á la posteridad, como una de las glorias de nuestro tiempo. El menor de sus títulos me bastaria para presentarme lleno de confianza, y si no con grandes méritos antiguos, al menos con la seguridad que presta el convencimiento de las propias fuerzas.

Porque no de otra suerte puedo considerar vuestra benevolencia para conmigo, sino como un poderoso estímulo para lo futuro, quizá más eficaz por especiales circunstancias que despiertan un penoso recuerdo. A mi edad misma, si bien con mayor saber, há quince años ocupaba este lugar el desgraciado autor de la *Historia de Granada*. A más de los lazos fraternales,

uníame con él la identidad de aficiones, el mismo linaje de estudios, y la natural inclinacion á las investigaciones históricas. Perdido para mí y para vosotros, permítaseme que consagre estas breves líneas á su memoria, y que siga en lo posible sus huellas en el extenso campo de nuestra historia, tan llena de glorias y grandezas.

No parece sino que desde remotos tiempos fué nuestro país destinado por la Providencia para teatro de grandes sucesos; ninguna nacion nos presenta en sus anales conjunto tan singular de caractéres y razas, cuadro de tan varios y contrapuestos colores como la nuestra. Las riquezas de su suelo ofrecieron en los tiempos antiguos incentivo bastante para que pueblos extranjeros fundasen ciudades y colonias, introdujesen sus costumbres y su cultura, y modificasen la rudeza y áspera condicion de los primitivos habitantes: cartagineses y romanos lucharon en nuestra patria largo tiempo, y se disputaron tenazmente su dominio : aquí tambien puso César en la balanza de la fortuna el imperio del mundo ; y despues , cuando ya la civilizacion antigua se hallaba próxima á su ruina, otra raza del Norte vino á trazarle nuevo rumbo, á imprimirle carácter diverso. En pos de tantas vicisitudes, que fuéron comunes á muchos pueblos, como si las razas septentrionales necesitasen en España de nuevo contrapeso, de choque más fuerte que las depurase y engrandeciese, otras turbas del Mediodía, con distintos hábitos y creencias, invadieron sus comarcas. Y aún estos invasores estaban entre sí tan discordes, que constituian á la verdad dos diferentes pueblos. La historia de la restauracion, de la lucha de dos religiones enemigas, de dos distintas civilizaciones, se encuentra estrechamente ligada con la historia íntima de los sectarios de Mahoma , de su organizacion, de su espíritu, de sus guerras, revoluciones y trastornos. Este interesante y difícil estudio, sin el cual no puede formarse cabal

juicio del estado de la Península durante la edad media, merced á los esfuerzos y eruditos trabajos de algunos escritores nacionales y extranjeros, ha recibido en los últimos tiempos notable impulso. Narraciones curiosas, ignoradas en siglos anteriores, datos fidedignos, que han venido á comprobar hechos dudosos, ó á presentar bajo nueva faz los ya conocidos, mayor copia en fin de documentos y testimonios, han sido el resultado de estos trabajos, que han abierto la senda para mayores indagaciones.

Largos períodos de la ocupacion sarracena han sido ya analizados por historiadores y críticos, y al cumplir hoy con el deber que me imponen los estatutos, es mi ánimo tratar, en cuanto lo consienten los límites de un discurso, de uno de los más importantes y menos estudiados, y exponer, valiéndome de sus propias autoridades, algunas *consideraciones sobre la dominacion de las razas africanas en España.*

I

Nada más frecuente en nuestros cronistas que designar con la comun denominacion de árabes ó de moros á todos los musulmanes establecidos en nuestro país. Nada, sin embargo, más ajeno de la verdad. Gran semejanza de ideas, de costumbres y de carácter se encuentran sin duda entre las dos diferentes razas conquistadoras, y esta semejanza se acrecienta con el lazo de una misma religion, de idénticas instituciones y de un interés comun con respecto á los cristianos. Mas aunque fuesen desconocidos sus orígenes, bastaria meditar algun tanto sobre la serie de dramáticos sucesos que su historia nos presenta, sobre las luchas que comenzaron en el seno de los estados hispanomusulmanes en los primeros tiempos de la invasion, y terminaron en Abencerrajes y Zegríes, para distinguir, á través de esa aparente identidad, señales inequívocas de dos opuestos

bandos, separados por el odio más profundo y por una marcada desemejanza de sentimientos y de aspiraciones.

Hay una antigua tradicion entre los africanos, segun la cual las razas berberiscas traen su origen de un rey del Yémen, que vino desde aquellas regiones á fundar en estas comarcas un vasto imperio, al que legó su nombre (1). Fábulas con que los primeros predicadores del Islam procuraban halagar la vanidad de estas gentes ignorantes y sencillas, haciéndoles comprender al mismo tiempo, que entre ellos y los nuevos invasores existian desde remotas épocas estrechos vínculos de fraternidad. El contacto de las tribus asiáticas y africanas hizo resaltar bien pronto sus contrarios instintos, y produjo una inextinguible antipatía (2).

Existe un sentimiento indeleble, que con ser comun á entrambos pueblos, por su misma naturaleza contribuia poderosamente á mantener entre ellos, más bien que fraternal concordia, perpétua rivalidad y encono. Es el espíritu de independenciam. Orgullosos los árabes con su linaje, que creian el más ilustre del universo, y apegados á sus tradiciones de tribu, resultado natural de su organizacion y manera de vivir en el desierto, á duras penas consentian el predominio de una tribu contraria, y esta repugnancia produjo entre ellos largas y desastrosas guerras. Mas lo que todo árabe consideraba como insoportable afrenta era el mando y supremacía de los africanos, que creian de inferior condicion y baja estirpe, y aún de escasa capacidad intelectual (3). Los berberiscos por su parte jamás pudieron ser completamente dominados por las armas árabes, y cuando la fortuna les era contraria, y se veian obligados á humillarse ante los vencedores, más parece que procuraban con esto algun respiro para ulteriores tentativas, que no significaban una sincera y definitiva sumision.

Otro motivo especial habia en España que exacerbaba los ánimos, y mantenía en constante agitacion el reino. Doce mil

berberiscos habian sido los primeros conquistadores de la Península, si bien de acuerdo con muchos de sus habitantes y con alguna parte de la nobleza goda (4); pero al mismo tiempo vemos que el caudillo de esta afortunada expedicion, en vez de merecer elogios y recompensas, recibe de Muza severo é injustísimo tratamiento. El Wali, temiendo sin duda el poder de la raza berberisca, humilla á su jefe, instala aquí un ejército árabe numeroso, le establece en las mejores y más fértiles comarcas, y relega á los verdaderos conquistadores á los últimos límites de la frontera. Por algun tiempo sufrieron con resignacion, mas apenas es vencido en África un ejército venido del Oriente, pareciendo que las armas berberiscas llevaban la mejor parte, estalla tambien en España una formidable rebelion, que puso en gravísimo conflicto al gobernador Abdul Melic. Los africanos recorrian los campos á sangre y fuego, vencieron á las tropas del Wali, y tan grandes consideraban sus agravios, que no creian poder satisfacerlos sino con el total exterminio de la raza árabe. Al cabo fuéron derrotados, y este suceso, unido á una horrible carestía que por los años de 750 hubo en España, y que obligó á emigrar á la mayor parte de los berberiscos, libró al país de nuevas turbulencias. Las luchas que se sucedieron fuéron debidas á las rivalidades de unas tribus árabes con otras.

La venida de Abdurrahman I y el establecimiento de la dinastía Omeyya, cambió completamente el aspecto de las cosas. El principal interés de los Califas era asegurar su trono, no muy bien cimentado, y combatido frecuentemente, y tal objeto no podia conseguirse sin abatir de una vez á la turbulenta nobleza, y privarla de toda fuerza y prestigio. Así lo comprendieron todos, y especialmente Abdurrahman III, uno de los hombres de más elevado espíritu y de más clara inteligencia que ha producido la España árabe. Su política, encaminada al fin indicado, fué seguida abiertamente y por medios más violentos

por el célebre Almanzor. Al destruir la preponderancia de la antigua nobleza, fué preciso crear un nuevo poder militar de todo punto adherido al trono, que le sirviese de sosten y brazo defensivo, é hiciese imposible toda tentativa de rebelion. Era una especie de guardia pretoriana, compuesta casi exclusivamente de cristianos, de slavos y de berberiscos. La exageracion de este principio fué un desacierto político de grave trascendencia, y una de las causas que contribuyeron á precipitar la ruina del Califado. Desde entonces pudo preverse fácilmente que no estaba lejano el dia en que los berberiscos habian de vengar sus antiguas ofensas, y someter á duras pruebas á sus perpétuos rivales. Con efecto, los hijos de Almanzor, que carecian de sus altas dotes, no pudieron contener el torrente de la anarquía, y comenzó una época de luchas y desastres, en que los africanos declararon á los árabes guerra de exterminio, y levantándose estos con la energía varonil que les distingue en todo momento supremo, combatieron por reconquistar su perdido imperio con tenacidad indomable. Equilibradas las fuerzas, no era posible establecer un gobierno firme y duradero, y las rebeliones, las batallas, las represalias, las proclamaciones y destituciones de príncipes se sucedian sin interrupcion, con no escasa ventaja de las armas cristianas, que iban lentamente y con admirable perseverancia y fe llevando á cabo la gran obra de la reconquista.

Tan prolongados desórdenes tuvieron por resultado la total extincion del Califado, y el nacimiento de gran número de pequeños reinos independientes y mutuamente hostiles. Y los reyes, separados por rivalidades y rencores, en guerra frecuente por ofensas personales ó por miras ambiciosas, y dominando pueblos empobrecidos y agotados por una larga série de calamidades y desastres, pretendian, con todo eso, imitar la opulencia de los Omeyyas, ó de los Califas de Bagdad, daban magníficos festines, se rodeaban de poetas, á quienes prodigaban

mercedes y oro, y rivalizaban en esplendor y magnificencia, cual si poseyesen dilatados imperios.

En medio de esto, el pueblo gemía bajo el peso de insoportables tributos, y los cadíes y santones deploraban aquella corrupción desenfrenada, y presagiaban un tremendo castigo del cielo. Y no era menester por cierto gran perspicacia para comprender que la ruina se hallaba próxima. El poder de los cristianos se había ido acrecentando y robusteciendo lentamente, y presentaba por aquel tiempo un aspecto amenazador. Tenía el cetro de Castilla un monarca infatigable, que comprendiendo la debilidad de los pequeños reinos mahometanos, abrigaba la esperanza de apoderarse de toda la Península. Favoreciendo alternativamente á unos ú otros en sus mútuas discordias, ejercía sobre ellos gran predominio, y tenía en una especie de tutela al de Toledo, el cual no contando con fuerzas para defenderse, y previendo en la resistencia mayores males, cedió al cabo su capital en cambio de Valencia, que los cristianos le ayudaron á conquistar. La pérdida de Toledo fué un golpe mortal que llenó de espanto á los musulmanes. El campo de batalla se había trasladado desde Castilla á las llanuras de Extremadura y de la Mancha; ya el rey cristiano no se hallaba satisfecho con los tributos que todos le pagaban, y exigía imperiosamente la entrega de fortalezas y ciudades. Los recursos estaban agotados, el ejército musulmán desmoralizado y corrompido, el pueblo abatido y sin fuerzas, y los que conservaban algún espíritu religioso, culpaban á los reyes y señores, que con su indolencia y sus desórdenes habían llevado el reino al borde de su perdición.

En tanto que el poder cristiano amenazaba con tan formidable aspecto, al otro lado del Estrecho se levantaba otro poder hasta entonces desconocido. Siglos había que vagaban por los más remotos confines del desierto, ya próximos al Senegal, unas tribus de los zenetas denominadas las del *litsam*, porque

usaban un lienzo así llamado, que les cubria el rostro, á fin de librarse de la accion directa de los rayos del sol en aquellos abrasados campos. Las doctrinas del Corán habian penetrado de una manera oscura é imperfecta entre estos pueblos, hasta que, por los años de 430 de la Hegira, un jefe de la tribu de Lamtuna, que era de las más principales y poderosas, hizo la peregrinacion á la Meca, y al regresar encontró en Cáirewan á un famoso doctor de nombre Abú Amran, que allí enseñaba la teología. Escuchó por algun tiempo sus lecciones, y admirado de la mucha ciencia de aquel varon, le manifestó el estado de ignorancia y rusticidad en que se encontraban las tribus del desierto, sus escasos conocimientos en materia de religion y su incuria y abandono en este punto, invitándole á que le acompañase á su país, y sacase á sus compatriotas de las tinieblas en que yacian. El faquí le entregó una carta, y le aconsejó que se presentase con ella á otro doctor del país de Nafiz, en la region de los Masamudas, grande amigo suyo y hombre de mucha doctrina, el cual podria llevar á cabo tan gran obra. Recibió este al berberisco con gran benevolencia, y habiendo reunido todos sus discípulos, les leyó la carta del faquí, y les incitó á que tomasen á su cargo la conversion de aquella multitud de bárbaros; empresa que juzgaba muy hacedera, aunque no exenta de molestias y peligros, y con la cual podrian alcanzar renombre en este mundo y no escasa recompensa en la otra vida. Uno de ellos llamado Abd-Allah ben Yasin, aceptó la propuesta, y habiendo partido con el príncipe, comenzó entre las tribus sus enseñanzas y predicaciones. Muy al contrario de lo que se esperaba, los berberiscos, en vez de apresurarse á la conversion, encontraron sus preceptos por extremo rígidos é insoportables, y fuera de algunos pocos que desde luego le siguieron ciegamente, la inmensa mayoría oyó con indiferencia y despego sus sermones, y continuó pertinaz en sus prácticas tradicionales. Entonces discurrió retirarse con sus secuaces á una isla próxi-

ma, y fundando en ella un pequeño monasterio, se entregó al más severo ascetismo. ¡Cosa extraña! Lo que no habia alcanzado con sus enseñanzas, ni con los más elocuentes discursos, lo consiguió en breve tiempo con el ejemplo de aquella vida consagrada á la devocion y santidad, y los mismos que le habian recibido con muestras inequívocas de repugnancia, arrepentidos de su mal proceder, comenzaron á trasladarse á la isla, y á recibir humildemente sus instrucciones, tomando el nombre de *morábitos* que solemos decir Almoravides (5). En pocos años reunió Abd-Allah en torno de sí un ejército formidable lleno de ardor, de fe y de entusiasmo. Por un rasgo de afectada humildad, y deseando que no sospechasen en él designios de exclusivo mando y de interés mundano, se reservó únicamente la supremacía religiosa, y dejó que eligiesen sus caudillos entre los jefes de sus tribus. Poco despues, con el pretexto de que los señores de Sechelmesa abrumaban al pueblo con excesivos impuestos no preceptuados en el Corán, abandonaron el desierto, destronaron á aquellos príncipes, y sujetaron á su dominio dilatadas comarcas allende el Atlas. Comenzaron en seguida á combatir las tribus de la falda meridional de las montañas, se derramaron por las comarcas de Tarudante y del Sus, y finalmente, habiendo atravesado las gargantas de la sierra, cayeron sobre el valle del Tensift con ímpetu irresistible. Las diversas provincias y señoríos desorganizados y mal avenidos, no pudieron resistir el empuje de aquella muchedumbre de soldados fanáticos, que consideraban como herejes á los que no practicaban como ellos el islamismo en todo su rigor.

Por aquel tiempo era su jefe Abú Becr, y como ocurriesen algunos disturbios en el desierto, y creyese necesaria su presencia para remediarlos, llamó á su primo Yúsuf ben Texufin, le encargó del mando durante su ausencia, y despues de haber repudiado á su mujer Zeineb, á quien los historiadores suponen dotada de grandes talentos políticos, le aconsejó que se

casara con ella, partiendo en seguida para su largo viaje. Era Yúsuf un guerrero celebrado por su valor, y muy querido de los Almoravides, á más de esta recomendable circunstancia, por su devocion y religiosidad. Los escritores africanos le pintan como un hombre incomparable por su bondad, su modestia y la sencillez y llaneza de sus modales y costumbres. Nunca, dicen, á pesar del inmenso poder que llegó á alcanzar, vistió traje que no fuera de grosera lana, ni acostumbió á alimentarse sino de leche y carne de camello (6). Y fuerza es confesar que aquel berberisco venido del desierto reunia extraordinarias y relevantes cualidades. Dotado de una complexion robustísima y de grande actividad, que no excusaba ningun género de molestias ni peligros, sinceramente religioso, de lucidísimo entendimiento y fácil comprension, aunque de instruccion muy escasa, tenia Yúsuf además, y así lo muestran sus hechos, cierta elevacion y grandeza de espíritu; pero al mismo tiempo, y bajo la apariencia de santimonia, abrigaba grande ambicion, y nótese en su carácter cierta doblez y falta de sinceridad, cierto frio cálculo y refinada astucia, cualidades muy comunes en la raza berberisca, que le hacian aún más temible á sus adversarios. Así es que en breve tiempo logró captarse el afecto de caudillos y soldados, y cuando Abú Becr regresó de su expedicion, le salió al encuentro con cien camellos cargados de magníficos presentes, y le manifestó sin rebozo que con aquellos dones deberia contentarse y volver al desierto, porque no se hallaba dispuesto á dejar el mando. Abú Becr, conociendo la imposibilidad de luchar con tal adversario, aceptó la propuesta, y volvió al centro del África, donde, segun se cuenta, alcanzó muchas victorias y conquistó grandes territorios.

Libre de rivales, comenzó Yúsuf á extender rápidamente su imperio, y puso los cimientos de la ciudad de Marruecos, que terminaron despues sus sucesores; fué sometiendo una á una

las tribus y provincias del Magreb, y llegó á dominar desde las orillas del Océano hasta los confines de Túnez.

Cuenta Al Maccari que se dispuso tambien á invadir la Andalucía ; mas los reyes de España le escribieron una carta en que le decian que siendo como él buenos musulmanes y estando prontos á reconocerle por supremo jefe , esperaban que no les inquietase ni hiciese la guerra (7). Mas al poco tiempo recibió Yúsuf una embajada compuesta de faquíes españoles , que le suplicaron reiteradamente en nombre de sus señores, tuviese á bien pasar con sus ejércitos á auxiliarles contra el tirano Alfonso , que así llamaban á los reyes cristianos. Pintáronle con vivos colores las delicias de este país , sus pasadas grandezas , las glorias del Islam en su conquista y mantenimiento , su prostracion presente , las amenazas de los enemigos , la desolacion y espanto de los musulimes y su próxima y segura ruina si no les prestaba su poderoso auxilio. Prometió Yúsuf el socorro , pero exigió la entrega inmediata de Algeciras , y los emisarios que no estaban autorizados para la concesion , quedaron perplejos y dudosos , sin que se concertase cosa segura. Segun algunos historiadores , Almotamid ben Abbad , rey de Sevilla , pasó entonces en persona á conferenciar con el Almoravide , le prometió la entrega de aquella ciudad , y puso á su servicio su flota para que combatiese á Ceuta , que aún no poseia. Segun otros , Yúsuf se presentó de improviso delante de Algeciras , y exigió imperiosamente la entrega de la fortaleza. Sea como quiera , este suceso causó entre los árabes una sensacion dolorosísima. Comenzaron á ver en los africanos unos conquistadores enemigos más bien que unos auxiliares ; temieron por sus reinos , y se encontraron entre dos adversarios á cual más temible (8). Por el Norte , los cristianos estaban á punto de invadir sus campos , y dar fin para siempre á la dominacion arábica ; por el Mediodía unos bárbaros amenazaban reducirlos á vasallaje. A los pocos dias se encontraba ya en Sevilla un poderoso ejérci-

to africano mandado por el mismo Yúsuf. Tenia á la sazón setenta y siete años, pero ni sus hechos ni su presencia revelaban tan avanzada edad ; conservaba aún todo el vigor de la lozana juventud. Desde allí invitó á los reyes de España á que se le uniesen con sus tropas, y así lo ejecutaron, no de muy buen grado, excepto el de Almería, que pretextó la proximidad de los cristianos, que estaban en la fortaleza de Aledo, y la necesidad que tenia aquel país de su presencia para combatirlos.

El rey de Castilla al saber el desembarco de los africanos, se retiró prontamente de Zaragoza, que á la sazón sitiaba, mandó emisarios á todas las provincias y señoríos, y vino en busca del enemigo. Los dos ejércitos se dieron vista en los campos de Zalaca, no léjos de Badajoz, donde se trabó al siguiente dia una de las más sangrientas y reñidas batallas que registran los anales de España. Al caer la tarde la victoria se habia declarado por los mahometanos. Yúsuf cedió todo el botín á los españoles, y con noticia de la muerte de su hijo en África, regresó al poco tiempo á aquel país, dejando un fuerte ejército en España, y despues de haber exigido de los reyes la abolicion de todos los impuestos ilegales.

Los reyes andaluces volvieron tranquilamente á sus ciudades, y cual si todos los peligros hubieran desaparecido para siempre, se entregaron de nuevo á su vida favorita de festines y orgías, á sus poemas y cantares, y á sus envidias, rivalidades é intrigas ; más aún, pasados los primeros momentos, restablecieron los impuestos suprimidos ⁽⁹⁾ ; ceguedad inconcebible, pues si el aspecto de las cosas habia cambiado, más era en su daño que en su provecho. Cierto es que se habia puesto coto á las invasiones cristianas por la parte occidental y por el centro de la Península ; pero los reinos de Zaragoza y Valencia continuaban incesantemente amenazados. Este último se hallaba casi á merced de los cristianos : se mantenian firmemente en la fortaleza de Aledo, y se iban reponiendo poco á

poco de la rota pasada, y disponiéndose á nuevas acometidas. Por otra parte el poder teocrático, hostile á la nobleza árabe, iba adquiriendo notable importancia á la sombra del ejército de los africanos, y estos tenían la supremacía militar, pudiendo Yúsuf disponer á su antojo de los españoles cuando á bien lo tuviese. El jefe de los Almoravides en la Península, escribía á Yúsuf diciéndole que los reyes permanecían en sus palacios gozando de las dulzuras de la vida, sin cuidarse para nada de la guerra ni de la religion, en tanto que el ejército africano sufría toda clase de molestias y privaciones defendiendo las fronteras, y en lucha constante con los cristianos (10).

No cumple á nuestro propósito referir los pormenores de la destitucion de los reyes de Tháifas, que otros historiadores han relatado prolijamente. Baste decir que el Almoravide, que vino á España para tal objeto, quiso dar á aquel despojo todas las apariencias de legalidad, y con tal fin hizo redactar un dictamen, que firmaron los más famosos doctores de España, África y Oriente, y entre ellos el célebre Algazzali, en el cual se declaraba que los reyes por su irreligion, sus desórdenes, sus frecuentes alianzas con los cristianos y su descuido y cobardía en las cosas tocantes á la guerra santa, se habian hecho indignos de reinar, y debían ser destituidos por el bien del Islamismo (11). Abd-Allah ben Bolloquin, rey de Granada, y su hermano Temim, fuéron presos sin resistencia, y conducidos al África, y en pos de ellos se alejó tambien Yúsuf, dejando á su lugarteniente el odioso encargo de destronar á los príncipes restantes. Almòtamid tuvo que rendirse, despues de una heroica defensa, fué cargado de cadenas y trasladado á Agmat, donde murió miserablemente. Almería sucumbió al poco tiempo, así como Denia y Játiva, y finalmente, el rey de Badajoz fué acometido, preso y decapitado con sus dos hijos, sin que los cristianos tuviesen tiempo de auxiliarle, como habian prometido.

Toda la España árabe á excepcion de Zaragoza se hallaba en poder de los Almoravides, y llegaba á su colmo la grandeza de Yúsuf. Habia tomado despues de la batalla de Zalaca el título de Amir de los musulimes, pidió y obtuvo del Califia de Bagdad la confirmacion de su derecho al imperio de África y España; doctores y faquíes le mandaban á porfía felicitaciones y alabanzas de todas las comarcas musulmanas, y despues de haber creado aquel imperio gigantesco, falleció en Marruecos, á la edad de cien años lunares ⁽¹²⁾. Con la muerte de aquel hombre extraordinario, comenzó á declinar el poder Almoravide. No parecia sino que la raza de Lamtuna tenia concentrado todo su vigor y su fuerza en el caudillo que la levantó á un tan alto grado de esplendor, y que perdida la clave del imperio con su muerte, comenzaba á dar señales de pronta ruina. Solia decir en los últimos años de su vida: « mi deseo de conquistar el Andálus era para libertarle del poder de los cristianos, cuando supe que se habian apoderado de la mayor parte de él, y vi la negligencia de sus reyes, su debilidad y cobardía para la guerra y su abandono y ciega confianza, viviendo entregados á la molicie y sin más pensamiento que la bebida, los cantares y los placeres con que pasan el tiempo. Si viviese lo bastante, todas las ciudades que los cristianos han conquistado durante la guerra civil, volverian á los musulimes, y en su daño llenaria aquellas comarcas de jinetes y peones, sin otro cuidado ni deseo que los caballos y las armas ⁽¹³⁾. » Tal parece que habia de ser el pensamiento capital de su hijo y sucesor Aly, mas este carecia de las dotes de su padre. La muerte del infante D. Sancho en Uclés, y la conquista de Zaragoza, que poco despues perdió para siempre, fuéron las únicas glorias de su reinado. Entregado á merced de los más fanáticos santones, dominado por las mujeres de su harem, que vendian los destinos del reino, y tomaban parte principal en los más árdulos asuntos, acabó por perder toda autoridad y pres-

tigio. Mas esta época, aunque de escasa importancia en el sentido militar, es aquella en que mejor puede estudiarse el espíritu que reinaba entre los andaluces, y el estado de la Península bajo el mando Almoravide.

Segun los historiadores, por aquel tiempo se restableció la seguridad y la paz en el interior de las comarcas musulmicas, y los pueblos, libres de los tributos con que les habian abrumado, hallaban mayor holgura y bienestar, y celebraban el cambio acontecido. Los faquíes y gente de las mezquitas ejercian el más ilimitado poder, y no cesaban de ponderar las excelencias del gobierno y de la dinastía, recordando con horror, algun tanto hipócrita, los tiempos licenciosos de los reyes de Tháifas.

Una clase laboriosa y sufrida se encontraba en situacion tris-tísima. A la sazón eran muy numerosos aún los cristianos, y en la vega de Granada, segun Ebn Al Jathib, ejercian casi exclusivamente la agricultura. Los faquíes de Granada, llevados de su espíritu fanático, habian conseguido en tiempo de Yúsuf la destruccion de una iglesia mozárabe que se conservaba á dos tiros de flecha de la puerta de Elvira, por el camino de Cúllar⁽¹⁴⁾. Mayor incremento tomó el encono contra los cristianos en el reinado de Aly, y viéronse precisados á pedir amparo al rey de Aragon D. Alfonso el Batallador, al cual ponderaron la fertilidad de aquel territorio, el mal gobierno y el desórden que reinaba en él, y la facilidad de su conquista, ofreciéndole buen número de gente de guerra si se acercaba con su ejército. Entonces emprendió D. Alfonso aquella famosa expedicion, en que recorrió las comarcas de Valencia, Murcia, Almería y Granada, amenazó por dos veces esta ciudad de tal suerte que, segun el cronista referido, rezaron sus habitantes la oracion del terror, venció á los musulmanes junto á Lucena, y regresó tranquilamente á su país, con la gloria de tan peligrosa y larga correría, aunque sin el resultado cumplido que esperaba. Descubierta la complicidad de los mozárabes, comenzó contra ellos

una cruel persecucion. Muchos habian emigrado á Aragon con sus familias; los restantes, ó perecieron á consecuencia de los malos tratamientos, ó fuéron conducidos al África, atados, segun los *Anales Toledanos*, y establecidos en Salé⁽⁴⁵⁾.

No era posible tratar de igual manera á otra clase más importante por su prestigio y su riqueza. Los árabes, vencidos y humillados, estaban en la mayor desesperacion. No sólo veian con repugnancia suma la dominacion de los africanos, que tenian por bárbaros é ignorantes, mas el grande influjo de la teocracia les disgustaba y era odioso. Aquella rigidez é intolerancia, aquel aspecto grave y severo que presentaban las ciudades, antes teatro de fiestas y placeres, estaba en abierta contradiccion con sus hábitos é inclinaciones. La época de los poetas habia pasado, y no habia que esperar los cuantiosos dones, la importancia y valimiento que habian alcanzado en años anteriores. La filosofia estaba proscrita, y en su lugar doctores casuistas, eternos intérpretes del Corán, se ocupaban incesantemente en añadir comentarios á comentarios, y notas á notas. Las obras de Algazzali, del mismo que habia autorizado con su parecer la destitucion de los príncipes andaluces, fuéron quemadas públicamente, como perniciosas al estado y á la religion; y el espíritu inquieto de los orientales, privado de toda libertad y holgura, oprimido por el fanatismo, limitado por un círculo de hierro, suspiraba por un momento de expansion, y aguardaba impaciente la ocasion de la venganza.

Parece, con todo, que habia en España una especie de contagio literario y anti-coránico, del cual no podian libertarse los que en ella moraban largo tiempo. La refinada cultura de la época pasada habia creado ciertos hábitos y tradiciones, que no podian fácilmente desarraigarse, y que ejercian su influencia aún sobre los mismos conquistadores africanos. Las relaciones de otras grandezas, los dichos proverbiales sobre la esplendidez de los reyes de Tháifas, sobre sus fiestas, sus acade-

mias, sus banquetes; las anécdotas literarias que corrían entre el pueblo, como un recuerdo de mejores tiempos, la misma simpatía que produce la desventura, aun del propio enemigo, y que habia engrandecido á los príncipes destronados en la imaginacion del vulgo, no podían menos de causar viva impresion entre los mismos dominadores, que se sentían como humillados con tales relatos, y como pobres y mezquinos al lado de tantas maravillas. En su mayor parte eran ignorantes y religiosos de buena fe, guerreros acostumbrados á la vida sencilla del desierto, sin más oficio que las armas, ni más fin que el interés de la religion y la esperanza de la recompensa celestial. Trasladados á la Península entre tan diversas gentes, en medio de tan contrarias ideas y en el torbellino de tantas pasiones, fuéron adoptando nuevos usos, y modificando las condiciones de su carácter. Faltos, sin embargo, de instruccion y de sólidos principios, en vez de aceptar únicamente lo que encerraba de bueno la anterior civilizacion, procuraron imitarla en lo que contenía de más seductor y halagüeño, y de escrupulosos y rígidos devotos, vinieron á dar al cabo en el extremo contrario. Los Walíes de las provincias empezaron á imitar en lo posible á los reyes destituidos, quisieron como ellos ser espléndidos y magníficos, tener poetas y músicos, recrearse en festines y danzas, y despreciar las doctrinas Coránicas, como en tiempos anteriores se habia acostumbrado. Con tal ejemplo, los soldados se entregaron á la más desenfundada licencia, y los que más habian contribuido á la ruina de los árabes, los que más habian hecho sentir el peso de su dominio, doctores y cadíes, comenzaron á comprender que su prestigio se desvanecía por momentos, que habian confiado demasiado, y que se encontraban en inminente riesgo entre el desden de los unos y el odio de los otros.

Ninguna época, señores, pone como esta tan de manifiesto una verdad, ya vulgar y demostrada por mil conceptos, pero

que aparece á cada momento en el estudio de la historia musulmana. La imposibilidad de crear una civilizacion sólida con el Corán. Se encuentran frecuentemente en este singular código los más sanos principios de moral, tomados del Antiguo Testamento, y á veces dictados al autor por su propia conciencia; mas hay al mismo tiempo un cúmulo inexplicable de máximas contradictorias y de disposiciones absurdas, hijas de circunstancias y necesidades pasajeras, ó de miras personales. En la precision de aceptarlo ó de desecharlo todo, los musulmanes han estado constantemente fluctuando entre dos extremos. O la credulidad más ciega y el fanatismo más insostenible, que cierra los ojos á la evidencia, y acepta con la moral el absurdo más patente, ó el escepticismo más completo, que por no abdicar de los fueros de la inteligencia, niega la divinidad y revelacion del libro, y duda de los fundamentos de la moral y la justicia, si no los desprecia, viéndolos envueltos en tan palpables errores. Los Almoravides habian comenzado por la credulidad, y llegaron en España al escepticismo. Sus desórdenes produjeron el resultado que era de esperar. Debilitóse la energía de aquella raza, antes tan belicosa y severa, que ya á cada encuentro huia despavorida ante los cristianos; faltaba en el gobierno una voluntad firme y una autoridad respetada, que contuviese á los ambiciosos y estimulase á los débiles, y los árabes, que veian decaer rápidamente el poder de sus rivales, comenzaron á dar muestras de rebelion, cundiendo el desasosiego por todas las provincias. Era inminente un nuevo conflicto entre asiáticos y africanos, y en medio de esto, un suceso de muy grave trascendencia vino á complicar la situacion apurada de la dinastía. La aparicion de los Almohades.

II

Sabido es que desde los primeros tiempos del Islamismo hubo

una secta que no reconocia el derecho á la supremacía religiosa sino en los descendientes de Mahoma por Aly y Fátima, y que declaraba usurpadores á los Omeyyas y Abbasidas. Sostenia la doctrina de la mision divina de los nietos de Aly, y designaba al representante de esta dignidad con el nombre de Imam. Mas los descendientes del yerno del Profeta y de Fátima se extinguieron en el Imam XII, que desapareció á la edad de doce años. Entonces supusieron que estaba oculto en una mansion ignorada, y que habia de aparecer algun dia para conducir á los hombres por el camino de la verdad con el nombre de Mehdi. Apoyaban esta creencia en una antigua tradicion, segun la cual «al fin de los tiempos habia de venir quien llenase la tierra de justicia» (16). Con tal motivo hubo muchos que se declararon Mehdiés en diversas épocas, y la dinastía Fatimita de Egipto tuvo su origen en uno de ellos llamado Obeid-Allah Al-Mehdi.

Pocos años despues de la muerte de Yúsuf ben Texufin, un hombre de la tribu de Masamuda, llamado Mohammad ben Tumart, hizo la peregrinacion á la Meca, y fué despues á Bagdad, dedicándose al estudio de la teología y de la filosofía, bajo la direccion del célebre doctor Al-Quiya, siendo equivocada, segun Ebn Al-Atsir, la opinion de los autores árabes que le suponen discípulo de Al-Gazzali (17). Allí aprendió las teorías de los *Axaries* ó *Axaritas*, que consistian en una especie de eclecticismo, puesto que aceptaban algunas proposiciones de los *Motazelitas*, que representaban la doctrina racionalista, y muchas otras de los *Mutacallim*, ó dogmáticos, que conducian al fatalismo, y reconocian al Imam ó pontífice de derecho divino (18). De regreso á su país, Mohammad ben Tumart adoptó una vida de pobreza y devocion, medio de que se han valido todos los ambiciosos del África, y comenzó sus predicaciones. Aún llegó á sostener una discusion científica con los sábios de Marruecos en presencia del rey Aly; mas al cabo se hizo sos-

pechoso, y comenzó á sufrir persecuciones tanto de parte del gobierno como del mismo pueblo. Retiróse entre las tribus Masamudas del Atlas, de que procedia, y continuó allí su propaganda con tal resultado, que en poco tiempo reunió un ejército considerable. Entonces forjó una genealogía que le suponía descendiente de Fátima, tomó el nombre de Mehdi, y dió á sus secuaces el de *Muwahidin*, ó unitarios. La mayor parte de los historiadores africanos le suponen un santo; los orientales y algun otro, que por estar léjos de su país podia manifestar libremente su opinion, le presentan como un hipócrita, sanguinario y malvado, y así aparece de sus hechos, y de los medios pérfidos de que se valió para allegar partidarios y exterminar á sus enemigos (49). Dividió sus sectarios en tres clases. La primera, que constaba de sus diez discípulos predilectos, fué instruida en todas sus creencias y doctrinas. La segunda estaba compuesta de los cincuenta Almohades que reconocieron primero su autoridad y le prestaron obediencia, y la multitud de los soldados constituía la tercera. Habia, pues, una clase predilecta de los iniciados. Al vulgo predicaba el ascetismo, la abstension de los placeres y de la música, y la observancia del Corán segun las reglas de su interpretacion alegórica, y no con sujecion al sentido literal, que era lo acostumbrado. Tal ascendiente alcanzó entre los berberiscos del Atlas, que al poco tiempo vino hasta las puertas de Marruecos. Vencedor en un primer encuentro y vencido despues en batalla campal por Aly, se retiró á las montañas, donde murió en 1128.

Su discípulo y sucesor Abd-el-Múmen, si no le igualaba como predicador, le aventajaba grandemente como guerrero, y dió principio á una lucha sangrientísima y tenaz, menguando rápidamente el imperio de los Almoravides, conquistando pueblos y fortalezas, y atrayéndose á las tribus ó dominándolas por la fuerza. Por los años de 1139 la guerra ardia en África con el mayor furor, y mal podia el Amir atender en tal con-

flicto á las provincias españolas, en las cuales, como queda dicho, el estado de los ánimos daba indicios de una próxima guerra civil.

Un personaje de Silves, de origen cristiano, llamado Ahmed ben Al-Hasan ben Casí, dió la señal de rebelion. En su juventud habia tenido cuantiosos bienes; mas despues se dió á la lectura de las obras de Al-Gazzali, repartió en limosnas cuanto poseia, se entregó en apariencia á la devocion, y con noticia del buen resultado obtenido por el Mehdi africano, quiso probar fortuna por este medio, y se hizo proclamar tambien con el nombre de el Mehdi. Presumia de orador, y muchos hombres de valer é importancia, más por interés propio que porque creyesen en su santidad, abrazaron con ardor su causa, se apoderaron de varias fortalezas, invadieron el territorio de Huelva, y llegaron hasta las puertas de Sevilla ⁽²⁰⁾. El Wali de Córdoba acudió con su ejército, venció á los sublevados, y los sitió en Niebla; pero la nueva habia cundido por toda la Península, y tuvo que abandonar el cerco y volver precipitadamente hácia Córdoba, que se habia levantado proclamando á Abú Chaâfar Hamdin. Casi simultáneamente estalló la rebelion en Jaen, Valencia, Murcia, Almería y Granada, y al frente de ella se encontraban los Cadíes, que ponian en juego para destruir á los Almoravides todo el prestigio y el poder que habian recibido de ellos.

En medio de esta lucha, que se prolongó con muy varia fortuna, resaltaba la imposibilidad de constituir con elementos puramente españoles un gobierno durable. En ella aparecian muy diversas é irreconciliables ambiciones é intereses. Por un lado la nobleza árabe, representada por Saif Daula, descendiente de los reyes de Zaragoza, trataba de reconquistar su antigua preponderancia. Proclamado en Córdoba, sólo pudo permanecer en ella doce dias, trasladándose despues á Jaen y por último á Granada, donde tampoco le fué posible organizar un

partido respetable, habiendo estado á punto de ser envenenado ⁽²¹⁾. Por otra parte los Cadíes trataban de sostener á Ebn Hamdin, y conservar de esta suerte su poder. En Valencia despues de Meruan ben Abd-al-Aziz, que fué su primer caudillo, proclamaron á Abd-Allah ben Iyad que reconoció á Saif Daula, y del cual dice un cronista, que « era hombre de blando corazon y fácil llanto, mas cuando montaba á caballo y empuñaba las armas, no habia quien osase medirse con él, ni quien resistiese su empuje » ⁽²²⁾. Despues de la muerte de este y de Saif Daula nombraron á Mohammad ben Saad, llamado Ebn Mardánix, que se mantuvo en la parte oriental de España hasta el año 568. En Granada, á pesar de los esfuerzos de los sublevados en combinacion con los de Almería y Jaen, lograron los Almoravides conservar su dominio, y finalmente en la parte occidental continuaba Ebn Casí con sus pretensiones y doctrinas. Tan distintos bandos se hacian la guerra mutuamente, disputándose aquellos dominios aún no conquistados, en tanto que los cristianos se apoderaban de Tarragona y Fraga, y penetraban impunemente en Andalucía. Por este tiempo murió el rey Aly ben Yúsuf, dejando á su hijo Texufin una sombra de imperio por herencia. Perseguido y acosado por los Almohades, pereció este desgraciado príncipe en Orán, á los tres años de reinado (1145).

Estando las cosas en esta situacion, el pretendido Mehdi Ebn Casí, que era un ambicioso vulgar, de malos instintos y escasas dotes políticas, fué destronado por sus propios súbditos, y arrojando la máscara con que pretendió medrar, huyó á Marruecos, y llegando á presencia de Abd-el-Múmen, dueño ya del África septentrional, le impuso en el estado de España, y le incitó á que procurase su conquista. Coincidió con esto la desercion de Ebn Maimun, jefe de la flota Almoravide, quien al ver el giro de los sucesos, ofreció sus servicios al poderoso Abd-el Múmen, y puso á sus órdenes los bajeles que mandaba. En

seguida regresó á Cádiz, de donde habia salido, y proclamó allí á los Almohades (23). Poco despues apareció Ebn Casí con un ejército africano, que invadió las comarcas occidentales de Andalucía, se hizo dueño de Silves y de todas las fortalezas de aquel territorio, sitiando despues á Sevilla, de donde huyeron los Almoravides. Tras muchas alternativas de sumisiones, rebeldías, encuentros y parciales combates, la mayor parte de los que se habian declarado independientes cedieron ante el poder Almohade, y fuéron á Salé á prestar obediencia al Amir, creyendo obtener de esta suerte mercedes é importantes cargos. Abd-el-Múmen los llevó consigo á Marruecos, y no les permitió que regresasen á su país (24).

Un solo caudillo, Ebn Mardánix, se negó á reconocer el dominio de los sectarios del Mehdi, formó alianza con los cristianos, y se preparó á mantener con las armas el señorío de Valencia y Murcia, donde habia organizado algunos medios de defensa. Difícil seria dar siquiera una breve idea de la confusion que reinó en España durante este período. El espíritu de resistencia á todo linaje de poder, la ambicion desenfrenada, el odio de raza, de tribu, de clase, cegaban á los mahometanos hasta tal punto que no les dejaban comprender la necesidad perentoria de dar treguas á sus rencores y miras interesadas, para atender al peligro más inminente, y la conveniencia de constituir unánimes un gobierno fuerte y duradero, y de ayudarle con todas sus fuerzas en la empresa. Fué preciso que los reyes de Castilla y Aragon se apoderasen de Lisboa, Santaren, Lérida y Tarragona, que sitiasen á Córdoba y amenazasen á Jaen, que recorriesen las costas andaluzas saqueando pueblos y talando campos, para que llegasen á conocer que se hallaban al borde del abismo. Aquellos males de que se lamentaban durante la dominacion Almoravide, la pobreza, la tiranía del yugo extranjero, no sólo no se habian remediado, sino que con tales desórdenes se habian ido acrecentando, y el gobierno de los

Almohades, á pesar de la rudeza é intolerancia de sus turbas, y cualesquiera que fuesen sus condiciones, habia de ser un bien para la España árabe, sólo por ser fuerte, y porque debia poner coto á tanto desafuero y á tan deplorable anarquía (23). Para el interés cristiano era un gravísimo contratiempo: por segunda vez los infatigables castellanos y aragoneses habian visto un momento la Península toda próxima á ser recuperada; por segunda vez un poderoso enemigo de allende el Estrecho venia á hacer ilusoria esperanza tan halagüeña. Así es que desde el primer momento prometieron su favor y ayuda á Ebn Mardánix, é hicieron los mayores esfuerzos por inclinar á su lado la victoria; mas los nuevos contrarios eran en su principio guerreros impetuosos y tremendos, más numerosos que los que Yúsuf acaudilló en Zalaca, más llenos de ardor y fe que todos sus predecesores. Y no obstante, ocho años despues de la invasion Almohade, permaneció Ebn Mardánix firme en su reino, cercó varias veces á Córdoba, se hizo dueño de Carmona, y tuvo en perpétua agitacion á sus enemigos, hasta que vencido en la vega de Granada, y despues cerca de Murcia, murió en esta ciudad cercado por los soldados de Abú Yúsuf, hijo de Abd-el-Múmen, y sus parientes se entregaron al vencedor. El Amir Almohade y sus hermanos, capitanes todos de gran actividad y energía, no cesaron un momento de recorrer las provincias de España, aquietando disturbios, castigando rebeldes, y tratando de poner dique en lo posible al torrente de las armas cristianas. Concertaron al fin con el rey de Castilla una tregua, como si unos y otros quisiesen cobrar aliento para emprender la guerra con más furia. Apenas trascurrido el tiempo señalado, D. Alfonso VIII cercaba á Córdoba, hacia incursiones por los territorios de Málaga, Ronda y Granada, esto es, por el corazon de los estados musulmanes, y aún llegó á sitiarse á Écija. Abú Yúsuf pasó entonces á España, reunió en Sevilla un gran ejército, y se dispuso á conquistar á Santaren. Allí pere-

ció de un bote de lanza, y sus tropas regresaron á Sevilla con su cadáver, y proclamaron á su hijo Abú Yacub Almansur ⁽²⁶⁾.

Parece que al principio sus súbditos, y aun sus propios parientes le tenían en poco, creyéndole hombre de escasa energía; luego que reprimió algunas tentativas de insurrección, y mandó decapitar á los promovedores, empezaron, dice un cronista, á mirarle con respeto ⁽²⁷⁾. Por sus cualidades personales de valor é inteligencia, por su afición á las artes y por su ilustración, es Yacub Almansur el más insigne príncipe que ha producido África, y habiendo alcanzado además una época de grandeza y poder inmenso, en él se reflejan todas las glorias de la dinastía Almohade. Por fortuna habia á la sazón en la España cristiana príncipes no menos animosos, que á no ser así, muchos males hubiera tenido que sufrir, y por mucho tiempo se hubiera retrasado la conquista de Andalucía. Otra razón hubo para que Yacub Almansur no pudiese desplegar en España todos sus recursos, ni poner en ejecución planes concertados y constantes. Los Almoravides fugitivos de la Península habian constituido un gobierno en las Baleares, y aprovechándose de los momentos de la muerte de Abú Yúsuf y proclamación de Abú Yacub, habian pasado á Bugia, y trataban de fundar un reino, desmembrando en esta parte oriental el imperio Almohade. Eran guerrilleros muy avezados á las lides, emprendedores y resueltos, y contaban con buen número de partidarios en aquella comarca: por manera, que los caudillos mandados por el Califa para atajar el levantamiento fueron vencidos, y tuvo que acudir en persona, logrando derrotar á los rebeldes, mas no desarraigando el mal, que se reprodujo apenas se apartó de aquellos países, continuando de esta suerte durante toda su vida y largo tiempo despues. Encontrábase por lo tanto con dos adversarios poderosos, de los cuales el uno amenazaba trastornar sus dominios de África, mientras el otro no cejaba en sus algaradas por Andalucía. Acudia Abú Yacub

al peligro más urgente, y hacia sufrir frecuentes reveses á los castellanos; mas entonces llegaba á su noticia que la sublevacion de Bugia habia cobrado nuevo aliento, y marchaba á contenerla, teniendo que abandonar á poco la empresa para volver á la Península, donde los cristianos comenzaban otra vez las correrías, y se iban apoderando lentamente de castillos y ciudades. En una ocasion, cansado de aquella guerra lenta y constante, se decidió á poner en el trance de una batalla el dominio de España, y al frente del mayor ejército que pudo allegar, salió en busca de los cristianos. La jornada de Alárco fue el resultado de esta expedicion: treinta mil cristianos quedaron sobre el campo de batalla, segun los historiadores africanos, y cinco mil fueron hechos prisioneros⁽²⁸⁾. El rey Alfonso se refugió en Toledo con los restos de su ejército, y allí, cuenta Al-Maccari, se rasuró el cabello y la barba, abatió su estandarte en señal de duelo, y juró no dormir en lecho ni cabalgar en caballo hasta que tomase venganza de aquella afrenta⁽²⁹⁾.

Adviértese en esta campaña tan feliz para los africanos, la misma circunstancia que se observa en todas las emprendidas desde la época de Almanzor. Los escritores musulmanes comparan esta batalla á la famosa de Zalaca, y sin embargo, ni de esta ni de aquella obtuvieron más ventaja que la de contener por algun tiempo, y este breve, la invasion cristiana, y alcanzar pocos años de mayor tranquilidad y sosiego. Al paso que las empresas de los reyes de Castilla y Aragon se dirigian más especialmente á la conquista y conservacion de ciudades y fortalezas, como puntos de apoyo para otras campañas, é iban estrechando de dia en dia los límites del territorio mahometano, los enemigos por el contrario dábanse por satisfechos con una campal victoria de pasajero y poco sólido resultado. Verdad es que Abú Yacub sitió á Toledo, destruyó los castillos inmediatos, causó estragos considerables en los campos y reiteró

despues sus correrías por el territorio cristiano ; mas pronto desistia de estas expediciones, que más parecian alardes de poder que no proyectos de formal conquista. Explícate á mi ver esta circunstancia notable, porque los cristianos tenian un interés único y un solo pensamiento, y por el contrario las razas musulmanas, ó se hallaban divididas formando pequeños y débiles estados, como en la época de los reyes Tháifas, ó en los períodos de transicion, ó constituian un imperio tan dilatado y esparcido, y de elementos tan discordantes, que su misma grandeza era causa de debilidad, y no bastaban las fuerzas del coloso á mantener su propio peso. Los Almohades, como los Almoravides, tenian su principal asiento en África, era su patria, y allí estaban, por decirlo así, las raíces de su poder. Los asuntos de aquella parte eran para ellos de la mayor importancia, la conservacion de sus provincias de inmenso interés, y natural era que atendiesen con predileccion á este punto, y pusiesen su mira en combatir allí á sus enemigos, más bien que en acometer la árdua empresa de una verdadera conquista en la Península.

Con la muerte de Yacub Almansur, heredó Mohammad An-Násir un imperio poderoso, organizado y floreciente. Preciado en sus primeros tiempos á combatir á los Almoravides en Bugia, supo por los años de 607 que los cristianos habian conquistado algunos castillos del territorio de Valencia, y pasando á Sevilla, dispuso los preparativos de una campaña gigantesca. Nunca se habia visto reunido un ejército tan numeroso, pues segun un escritor contemporáneo, seiscientos mil combatientes se alistaron en sus banderas. Con esta multitud cercó y tomó el castillo de Salvatierra ; mas la estacion era poco favorable, la nieve obstruia los caminos, y tuvo que suspender su marcha y dejar la expedicion para más adelante ⁽³⁰⁾. Alfonso VIII se preparó entre tanto á la lucha. Con un ejército numerosísimo de españoles y extranjeros, con el rey de Aragon

y el de Navarra, sitió y tomó por capitulacion el castillo de Calatrava, que tenian los árabes desde la época de Yacub Almanсур. Entonces, dice el historiador Abd-ul-wáhid, que escribia pocos años despues, Alfonso se vió abandonado por muchos de los suyos, porque no les permitió matar á los musulmanes que habia en el castillo, y le dijeron : « nos has traído para conquistar con nosotros las ciudades, y no nos permites el saqueo y la matanza de los muslimes ; no queremos de esa manera seguir contigo » ⁽³¹⁾. Separáronse en efecto muchos extranjeros, y no fué de grande importancia, porque en 15 de Safer de 609 alcanzó la renombrada victoria de las Navas de Tolosa, que los musulmanes llamaron de *la desventura* ⁽³²⁾. Los historiadores mahometanos, que procuran ocultar los reveses de su nacion, no disimulan todo lo tremendo de aquella horrible catástrofe. Un poeta decia en aquel tiempo : « el desastre de la batalla del *Icab* preocupa mi ánimo : no hay lugar en el Andálus que la afliccion no haya invadido de todo punto ». Y en efecto, desde la conquista de Toledo por Alfonso VI no habia sufrido el Islamismo un revés de tan grave importancia como el de las Navas. Comarcas enteras del África quedaron despobladas ⁽³³⁾ : la Andalucía desguarnecida y llena de espanto, á merced de los vencedores, y aquel rey orgulloso, que se envanecia al verse rodeado de una multitud de combatientes, volvió al África con mil guerreros, y murió al año siguiente en Marruecos, dejando por sucesor á un jóven afeminado, que encomendó los asuntos del gobierno á sus parientes y á los faquíes. Vivió pocos años, y el que despues levantaron por rey fué destituido y asesinado. Al-Ádel, hijo de Yacub Almansur, ayudado por sus hermanos, se declaró independiente en España ; aspirando al trono de Marruecos, pasó á aquel país que se encontraba en el mayor desórden, y allí murió ahogado por unos rebeldes, mientras se apoderaban los cristianos sin resistencia de los pueblos y castillos situados en la falda meridional de Sierra-Morena.

El poder colosal de los Almohades se desmoronaba rápidamente. Parece que en medio de tantos horrores igualmente funestos para africanos y árabes, pasado siglo y medio desde la destitucion de los reyes de Tháifas, la comun desgracia y el interés recíproco, debieron haber unido algun tanto en España á las dos razas rivales, ó haber templado al menos la violencia de sus antiguos odios. Léjos de eso, en el punto en que el poder africano dió muestras de su decadencia, comenzaron á fermentar en la parte oriental de Andalucía los gérmenes de la revolucion, y no bien partió Al-Ádel para Marruecos, Mohamad ben Yúsuf ben Hud, descendiente de los reyes de Zaragoza levantó en Murcia la bandera de independencia. Al-Mamun, hermano de Al-Ádel, que gobernaba á la sazón la Andalucía, príncipe vengativo y cruel, pero animado de una singular inclinacion á los cristianos, fué vencido por el rebelde, y en vista del aspecto que presentaban los sucesos al otro lado del Estrecho, pidió ayuda al rey San Fernando, le cedió varias fortalezas, y con un ejército castellano pasó á Marruecos aspirando á la soberanía, que llegó á alcanzar, obligándose á mantener en aquellas regiones los intereses del Cristianismo, y dejando á los árabes españoles abandonados á su suerte.

En este punto concluye la dominacion de los Almohades en España; mas si hasta ahora los hemos considerado meramente como conquistadores y guerreros, debemos apuntar algunas observaciones sobre esta raza en un sentido hasta ahora poco estudiado, y que merece sin duda fijar la atencion de los historiadores por más de un concepto. Es lo relativo á su civilizacion y creencias.

Los Almohades en sus doctrinas primitivas eran una especie de protestantes del mahometismo. Admitiendo los dogmas esenciales de la religion, quizá por razon política más que por convencimiento, reconocian al mismo tiempo los fueros de la razon, y desechaban las interpretaciones más ó menos gratuitas

de los doctores, sin aceptar más que el texto puro del Corán y las tradiciones auténticas, y aún el libro santo le interpretaban ellos de una manera alegórica y poco conforme con las opiniones generalmente adoptadas. Mas desde luego comprendieron la imposibilidad de exponer claramente su sistema, que necesitaba para ser aceptado por el pueblo, el hábito de ciertos estudios y un grado de instruccion de que se hallaban muy lejanas las tribus en que se apoyaban para sus proyectos políticos. Así es que Ebn Tumart sólo manifestó sus ideas á los discípulos predilectos y de mayor capacidad. Abd-el-Múmen y Abú Yúsuf tampoco revelaron el secreto; mas Yacub Almansur, aunque al principio hizo grandes alardes de religiosidad, luego que se aseguró en el trono y creció su poder, comenzó á variar de conducta de una manera notable. Se rodeó de poetas y eruditos, llamó á su lado á Averroes á quien al principio habia encarcelado, y se dedicó á leer libros de filosofía, manifestando en esta materia mayores conocimientos de los que pudieran esperarse de un devoto musulman. Lamentábase frecuentemente de no poseer una traduccion exacta y completa de las obras de Aristóteles, con un comentario claro, pues le parecia que los existentes, más que explicar, confundian y embrollaban el texto de aquel sábio⁽⁵⁴⁾. En su juventud residió largo tiempo en Sevilla, donde aún se conservaban las antiguas tradiciones literarias, y gustaba sobre manera de la poesía. Así vemos que, habiéndole mandado el sultan Saladino un emisario pidiéndole su ayuda para la guerra contra los cruzados, recibió con marcado disgusto la carta de aquel soberano, que no le daba el título de Amir de los creyentes, pero hizo espléndidos regalos al embajador, que le recitó una agradable poesía⁽⁵⁵⁾. En lo que cifraba su principal orgullo era en la proteccion al arte monumental. En Sevilla dejó un recuerdo de su grandeza en la magnífica torre de la Giralda y otra igual hizo levantar en Marruecos, así como gran número de puentes, mezquitas, hos-

pitales y fortalezas. Abú Yacub fué un monarca digno émulo de los Abderrahmanes.

An-Násir siguió el ejemplo de su padre en cuanto á su gusto por el único arte ejercido por los mahometanos, y embelleció á Fez con grandes construcciones en que gastó cuantiosas sumas. En punto á religion, aunque pasaba ante sus súbditos por buen creyente, hay datos para sospechar que en el fondo de su corazon no tenia gran fe ni conviccion en la doctrina de Mahoma. Solia leer las epístolas de San Pablo, y en cierta ocasion manifestó á unos embajadores que le habia enviado Juan Sin Tierra, que gustaba mucho de aquella lectura, y les hizo un elogio del Cristianismo, rechazando la proposicion de hacer la guerra al Papa ⁽⁵⁶⁾. Imposible era en verdad que estos soberanos ilustrados, representantes de una reforma, que habia tenido por base un sistema filosófico, tuviesen grandes convicciones ni aceptasen sinceramente el mahometismo. Mas por una fatalidad inevitable, su poder estaba fundado en la fuerza material de muchedumbres ignorantes, las más fanáticas que han existido, y movidas por faquíes rutinarios é intolerantes.

Esto no obstante, en tiempo de Al-Mamun se verificó uno de los más peregrinos sucesos que registra la historia de los reyes musulmanes. Propúsose destruir el poder de los santones, desacreditarlos, y promover en África una nueva revolucion. Para ello declaró que el Mehdi habia sido un impostor, suprimió su nombre en las monedas y en la oracion del viérnes, prohibió que se le llamase el impecable, alteró las fórmulas de la plegaria, y finalmente, ante el público reunido en la mezquita, dijo que no habia más Mehdi que Jesucristo ⁽⁵⁷⁾. Por aquel tiempo se crearon los obispados de Fez y de Marruecos, permitió que se tocasen las campanas, y murió cuando el Papa Gregorio IX le escribia dándole las gracias por la proteccion que dispensaba á los cristianos, al obispo de Fez y á los misioneros franciscanos ⁽⁵⁸⁾. Acontecimientos todos dignos de detenido estudio

y de prolija investigacion. Sus sucesores continuaron tratando amistosamente á los cristianos, y de ellos estaba compuesto en su mayor parte el ejército, mas estas tendencias fuéron ahogadas al nacer, porque el imperio se hallaba en la agonía. Los Almohades no eran ya aquellas dóciles turbas sumisas á la voz de los descendientes de Abd-el-Múmen; eran unas hordas feroces, reclutadas sin cesar en las montañas, y dócil instrumento de santones hipócritas ó de capitanes audaces, que á su antojo nombraban reyes, juguetes de sus intrigas, para destituirlos despues y asesinarlos inhumanamente. La corrupcion imperaba en la córte, el desórden cundia por todas las provincias, y la raza varonil de los Beni-Merines no necesitaba de grandes esfuerzos para derribar un trono escarnecido y ensangrentado á cada momento por sus propios defensores. Así desapareció rápidamente aquel imperio que parecia augurar largos siglos de prosperidad y grandeza.

La historia de los Almorávides y de los Almohades, así como la de todas ó la mayor parte de las grandes dinastías africanas, puede compendiarse en breves páginas, porque todas nos presentan una série alternativa de sucesos idénticos. Una tribu ignorada y pobre, exaltada por un fanático ó un ambicioso, bajo la máscara de santidad, se levanta poderosa, y combate con ardor perseverante en nombre de la religion y de la fe. Las mayores revoluciones que han agitado el África septentrional, han sido producidas de esta suerte, y los innumerables guerreros, que brotaron de los confines del desierto y de las montañas del Atlas, y fundaron uno de los mayores imperios que nos presentan los anales del mundo, insensibles acaso á los más vivos estímulos de la ambicion ó de la gloria, no hubieran empuñado las armas, á no sentir el sincero deseo de extender las doctrinas del Corán, ó de morir como mártires en el campo de batalla. Apenas pasado el momento de la expansion y la conquista, al

impulso de nuevos sentimientos y de nuevas ideas, olvidan en breve tiempo su móvil primitivo ; síguese un breve período de engrandecimiento y de mayor ilustracion ; pero la ambicion nace, el poder militar, base de su grandeza, se sobrepone á todos los poderes, los odios, las rivalidades, la sed de mando, de riquezas y de goces, relajan todos los vínculos sociales, y aquella colosal y mal ordenada máquina se desploma, falta de equilibrio y de sólido cimiento. En aquel instante, otra raza fanática, movida por iguales sentimientos, viene á sustituir á la ya caduca, para seguir su mismo camino, y terminar de idéntica manera. Los Almoravides comenzaron sus conquistas en nombre del Corán : en nombre del mismo fuéron destronados por los Almohades, que á su vez se vieron perseguidos por los Beni-Merines como herejes.

Muy distintos caracteres nos ofrece la historia de los árabes españoles, los cuales combatieron frecuentemente por su independencia, por miras ambiciosas ó por intereses de tribu ; jamás por determinadas doctrinas religiosas. Libres del yugo Almohade, constituyeron en Granada un reino compuesto de elementos heterogéneos, y en el cual conservaron los africanos por algun tiempo no pequeña preponderancia, por lo cual aún no estaba libre nuestro país de nuevas invasiones. Parecia en verdad que habia llegado el último momento para los mahometanos. El famoso historiador y poeta Ebn Alabbar, enviado por el rey de Valencia á pedir socorro al de Túnez, recitó en aquella córte una larga elegía, en que pintaba el estado tristísimo de la Península, el abandono de sus fértiles campos, la ruina de sus ciudades, la pérdida de sus monumentos.

« ¡Desdichado país! decia, cada mañana acontece una nueva desventura, que es duelo para tí y júbilo para el enemigo.»

.....

« ¿Qué ha sido de sus mezquitas? El enemigo las ha conver-

tido en monasterios. ¿Qué de sus aljamas? En ellas se oye el son de las campanas ⁽³⁹⁾.»

Cuando el autor de esta poesía regresó de su embajada, ya Valencia estaba en poder de D. Jaime; San Fernando entraba en Córdoba; Úbeda, Baeza, Martos, pertenecían á los cristianos; Jaen fué conquistada poco despues, y Mohammad Al-Áhmar sólo podia mantenerse declarándose vasallo del rey cristiano, y ayudándole á la conquista de Sevilla, que se habia declarado por los Beni-Merines. Mohammad II, combatido por facciones poderosas en su reino, y por Alfonso X en las fronteras, se vió pronto en situacion idéntica á la de los reyes de Tháifas cuando pidieron amparo del Almoravide, y acudió al merinida Abú Yúsus Yacub, que le exigió la entrega de Tarifa, y disimulando malamente sus proyectos de conquista, desembarcó en España, venció á D. Nuño de Lara junto á Écija, y mandó su cabeza al granadino, quizá por horrible sarcasmo. Don Nuño habia sido su protector y amigo. Los Walíes de Algeciras, Málaga, Ronda y Guadix hostiles á Ebn Al-Áhmar entregaron sus ciudades al africano, y tuvo Mohammad que contraer alianza con el rey de Tremecen, á fin de que amenazase por aquel lado á los Beni-Merines, y los apartase de sus propósitos de engrandecimiento en la Península. Por una singular coincidencia, tres reyes se disputaban en aquella época el dominio de Andalucía, y encontrábanse los tres en idéntica situacion. El rey de Granada tenia en sus propios Estados enemigos pertinaces, que de acuerdo, ya con el rey cristiano, ya con el Beni-Merín, hacian cruda guerra á la dinastía. El Califa se encontraba constantemente amenazado por el de Tremecen, adversario no despreciable, que acechaba la ocasion de extender sus dominios, y trastornar el imperio marroquí. Finalmente, D. Alfonso el Sábío veia desconocida su autoridad por una faccion que capitaneaba su propio hijo D. Sancho, y para combatirla tenia que pedir

amparo al Beni-Merín. Tales trabas fuéron causa de que se mantuviese por algun tiempo el equilibrio sin gran ventaja de una ni otra parte. Alternativamente aliados ó enemigos, más bien que en guerras exteriores, hallábanse ocupados en mantener la paz en sus propios Estados, y Abú Yúsuf, á pesar de sus muchas correrías por los campos de Sevilla y Córdoba, no alcanzó otra ventaja que la conservacion de las fortalezas que aquí poseia. Su hijo Abú Yacub cedió algunas de ellas al rey de Granada, y muerto aquel y perdida Tarifa en 1292, los africanos no tuvieron en España durante muchos años sino el dominio puramente nominal de Ronda y Algeciras. Llegó al cabo un tiempo en que más desembarazados y libres de turbulencias, volvieron la vista hácia nuestro país con intento de recuperar sus antiguas posesiones, ó quizá meditando una formal conquista. Reinaba entonces en Granada Yúsuf I, en Castilla D. Alfonso XI, y Abul Hasan Aly en Marruecos. El primer propósito de éste fué la toma de Tarifa, que ya habia sido combatida sin resultado en tiempo de D. Sancho, y defendida por Guzman el Bueno. Esta ciudad y la de Algeciras habian sido siempre la base de operaciones de los africanos; les aseguraban el paso del Estrecho, y ofrecian seguro asilo y pronta comunicacion con el opuesto continente en caso de un revés. Desde la muerte de San Fernando, estas costas habian sido el palenque constante, procurando los cristianos enseñorearse de ellas, á fin de dejar reducidos á los granadinos á sus propios recursos, y esforzándose los Beni-Merines por conservarlas. Vino pues Abul Hasan con todo su ejército, y sentó sus reales en torno de Tarifa, uniéndosele á poco el rey de Granada, en tanto que D. Alfonso y el rey de Portugal acudian al socorro de la plaza. Conocidos son los pormenores de la gran batalla que se trabó en la orilla del Salado, y en la cual fuéron completamente deshechos los ejércitos africano y granadino, y Abul Hasan obligado á emprender tan precipitada fuga, que los sol-

dados cristianos penetraron hasta su propia tienda, y mataron algunas de sus mujeres; su prima Áixa entre ellas, y Fátima, hermana del rey de Túnez, á la cual estimaba sobre todas. Desgraciado accidente, por el cual, dice Ebn Jaldun, recibió el rey Alfonso muy gran pesar ⁽⁴⁰⁾.

La batalla del Salado fué para los Beni-Merines lo que para los Almohades habia sido la de las Navas. Perdido el prestigio moral y la confianza en sus propias fuerzas, abandonaron para siempre nuestro suelo. Las escasas posesiones que aquí conservaron, en breve tiempo vinieron á formar parte del reino granadino, que en adelante fué libre é independiente; mas tuvo que luchar con enemigos muy superiores, y sólo pudo sustentarse á fuerza de heroismo, y aprovechando las discordias promovidas en Castilla por la turbulenta nobleza, reprimidas con fuerte mano por el gran monarca vencedor en el Salado, y posteriormente por otro rey enérgico y una reina inmortal, que meditaron y dieron fin á las dos obras más grandes que la civilización española exigia; la extinción de los últimos resábios del feudalismo, y la conquista del reino de Granada.

NOTAS.

(¹) Ebn Jaldun examina prolijamente el origen de las tribus africanas, y segun su opinion, sólo pertenecen á la raza semítica las de Sinhacha y Ketama. (*Trad. Slane*, tomo I, páginas 165 á 185.)

(²) Uno de los rasgos más característicos de la raza berberisca es el espíritu religioso. Faquíes y santones de la Siria, que en estas comarcas occidentales se sustraian á las persecuciones de los Omeyyas, poco escrupulosos en punto á mahometismo, y que destruyeron toda la familia del profeta, extendieron sus predicaciones entre estas ignorantes tribus, y llenaron su corazon y su mente de los sentimientos más exagerados y de las más fanáticas ideas, que han ido trasmitiéndose de padres á hijos hasta nuestros dias, y constituyen una de las cualidades más esenciales de su carácter. Los árabes de pura raza, por el contrario, conservaron siempre, y así lo demuestra á cada paso su literatura, los recuerdos de la vida del desierto, en la época de la idolatría, su espíritu escéptico y su repugnancia al dominio de la teocracia intolerante, que se elevó con la nueva doctrina de Mahoma, y que en algunas épocas gozó de gran poder é influjo. El espíritu eminentemente religioso, que se supone en la raza semítica, se encuentra contradicho por la historia á cada momento, y aquellos periodos, en que han predominado los elementos puramente árabes, son notables por la pública y no contradicha trasgresion de los más esenciales preceptos del Corán. Mr. Dozy en el vol. I, de su *Historia de los musulmanes de España*, ha caracterizado magistralmente las dos diferentes razas que aparecen en nuestro país.

(³) En la introduccion de Mr. Dugat á la edicion de Al-Maccari puede verse una disputa entre un africano y un español sobre la supremacía literaria de uno ú otro país, en la cual este, en medio de maliciosas retencencias, viene á indicar al berberisco que poco pueden ellos producir de impor-

tancia, perteneciendo á una raza innoble y de poca inteligencia. La famosa carta de Ebu Hazm, así como la de Ax-Xecundi, que son los documentos más curiosos que existen sobre la literatura de los árabes españoles, tuvieron por objeto probar la superioridad intelectual de estos sobre los africanos. Se encuentran en Al-Maccari, ed. de Leyden, páginas 108 y 126.

(4) Así lo dice terminantemente el *Ajbar Macchuma*, en Dozy, Rech, segunda ed. tomo I, páginas 48, 49 y 50. Ebn Alabbár en la vida de Muza, dice que este escribió al califa, noticiándole el suceso, y diciéndole que no había sido conquista, sino agregacion. Ed. Dozy, pág. 32.

(5) *Morabithin*, que quiere decir consagrados á Dios, y se dió este nombre primitivamente á los que combatian en las fronteras contra los enemigos; despues á todos los que en una ermita se dedicaban á la devocion.

(6) *Cartás*, ed. Tornberg, pág. 120.

(7) Maccari, ed. de Leyden, tomo II, pág. 674.

(8) Entonces fué cuando el rey de Sevilla pronunció aquella célebre frase, que refieren los cronistas arábigos: *Más vale guardar camellos en Africa, que cerdos en Castilla*. Maccari, ed. de Leyden, tomo II, pág. 678.

(9) Maccari, ed. de Leyden, tomo I, pág. 287. «Los faquíes del Andalus pidieron á Yúsuf la abolicion de los impuestos ilegales: lo dijo á los reyes de Thaifas, y estos lo otorgaron: pero cuando Yúsuf se ausentó de sus comarcas volvieron á lo mismo.

(10) Maccari, tomo II, pág. 687.

(11) Dozy. *Hist. des mus*, tomo IV, pág. 227 y 234.

(12) Yúsuf había nacido en 1400 de la Hegira, y murió en 1500.

(13) Abd-ul-Wáhid, pág. 114.

(14) Ebn Al-Jathib, Chatha, MS. del Sr. Gayangos, introd.

(15) *Ambidos pasaron al Africa*. El texto latino que se conserva en Toledo, dice *Amicti*, por consiguiente *Ambidos* quiere decir *Amictos*. Debemos esta noticia á nuestro eruditísimo amigo, el académico Sr. Fernandez-Guerra.

(16) *Cartás*, ed. Tornberg, pág. 150.

(17) Véase la nota de Mr. Slane en la pág. 643 del tomo II, de su traduccion de Ebn Jaldun.

(18) Xehrestani, en su obra sobre las sectas filosóficas y religiosas, tiene un largo capitulo destinado al exámen de las doctrinas de los *Awaries* (edic. Cureton, pág. 65).—Tambien se encuentran noticias sobre su sistema en la trad. de la *Historia de los Berberiscos*, por Mr. Slane, tomo I, página 252, nota, y tomo II, pág. 154, así como en la obra de Mr. Schmöl-

ders, titulada : *Essay sur les écoles philosophiques chez les arabes et notamment sur la doctrine d'Algazzali*, pág. 196.

(¹⁹) Véase el apéndice núm. 5, al tomo II, de la trad. de Ebn Jaldun por Mr. Slane.

(²⁰) Ebn Alabbar, pág. 199. Dice Abd-ul-Wáhid que Ebn Casi era hombre astuto é intrigante, y que de él se cuentan muchas anécdotas que se reducen á impiedades, y que prueban su poca capacidad para el mando, páginas 150 y 151.

(²¹) Ebn Alabbar, pág. 209.

(²²) Abd-ul-Wáhid, pág. 148.

(²³) Ebn Jaldun, trad. Slane, tomo II, pág. 183 y siguientes.

(²⁴) Ebn Jaldun, tomo II, pág. 118.

(²⁵) Abd-ul-Wáhid, pág. 152-3, cuenta una anécdota curiosa para demostrar hasta qué punto se habian perdido en España los hábitos y tradiciones literarias. Mohammad ben Habus llegó á Silves sin haber comido en tres dias, y habiendo preguntado por alguna persona que pudiese favorecerle, le indicaron á *Ebn Al-Malah*. Pidió entonces pergamino y pluma, y escribió unos versos con los cuales se dirigió á la casa de este, que le recibió muy afectuosamente, y le preguntó por su patria y profesion. Dijole Ebn Habus que era un poeta pobre, y le leyó los versos. Al-Malah le obsequió entonces espléndidamente, y le dió 700 adinares *morabities*, y además 40 *mitscales*, diciéndole : « estos últimos son de parte mia. » No comprendiendo el afortunado vate la significacion de esta frase, Al-Malah se la explicó, diciendo que tenia una finca, cuyo producto de 100 adinares anuales destinaba á los poetas, y *en siete años no se habia presentado ninguno*, por lo cual se habia reunido aquella cantidad, que le correspondia de derecho. Los 50 *mitscales* eran particular obsequio suyo, tomado de sus ahorros.

(²⁶) Abd-ul-Wáhid, en la pág. 186, cuenta con todos sus pormenores la muerte de Abú Yúsuf, que ningun otro historiador refiere con claridad y precision. Santaren estaba muy provista de víveres y armas, y podia resistir un largo sitio. Llegado el Otoño sin que se consiguiese resultado, temieron los sitiadores que les sorprendiese el frio, y que el Tajo creciese tanto con las lluvias que no pudiesen pasarle, por lo cual aconsejaron al rey que dispusiese el regreso á Sevilla, y dejase la empresa para otra ocasion. Consintió en ello Abú Yúsuf, y dijo que al dia siguiente daría la órden de levantar el campo; mas el Jathib Abul Hasan Aly, llamado el Malagueño, comenzó desde luego á plegar su tienda, y los soldados en vista de

ello, creyendo que se trataba de la inmediata marcha, empezaron á pasar el rio durante la noche, quedando muy pocos en torno del rey, que no se apercebió de este movimiento. Los cristianos, que lo observaron, salieron de improviso, acometieron el campamento é hirieron al rey de una lanzada en el vientre. Los soldados acudieron, rechazaron á los cristianos, y recogieron al rey herido, tomando en seguida el camino de Sevilla. A los dos dias de marcha falleció Abú Yúsuf.—*El Cartás* refiere de otra manera la retirada de las tropas, y dice que Satanás divulgó la noticia de la marcha.

(²⁷) Abd-ul-Wáhid, pág. 201.

(²⁸) En Alarcos murieron 30.000 cristianos, y 5.000 fuéron hechos prisioneros.

(²⁹) Al-Maccari, I, pág. 290.

(³⁰) Ebn Jaldun, tomo II, pág. 224.

(³¹) Abd-ul-Wáhid, pág. 236.

(³²) La mayor parte de los traductores han leído *Al-Acab*, ó *Al-Ocab*; mas en Abd-ul-Wáhid y Al-Maccari se lee constantemente *Al-Icab* (el desastre, la aficcion, la desventura). Los versos citados despues, comprueban que debe leerse de esta suerte, pues hay un juego de palabras fundado en el doble significado de la palabra *Icab*. El poeta dice: me preocupa aquella *desventura* ó *catástrofe* (*Icab*) que sucedió en el campo de batalla de la *desventura* (*Icab*). Es posible que no fuera este el nombre antiguo de aquel paraje, sino que despues de la batalla se le diese el nombre del sitio del *desastre*. Abd-el Wáhid dice que allí habia un castillo llamado de Sálím (Hisn Sálím), pág. 236.

(³³) Cuando los Beni-Merines invadieron las comarcas occidentales de África, hallaron desiertos territorios enteros, á consecuencia de la batalla de las Navas. Así lo refiere Al-Maccari, el *Cartás*, y algunos otros historiadores.

(³⁴) Abd-ul-Wáhid.

(³⁵) Al-Maccari, I, pág. 290.

(³⁶) Godard, *Description et histoire de Maroc*, tomo I, pág. 338. Esta historia contiene algunas curiosas, aunque breves noticias del estado de los cristianos bajo los Almoravides, Almohades y Beni-Merines, que pueden servir de base para mayores indagaciones.

(³⁷) Ebn Jaldun, tomo II, pág. 236, nota.

(³⁸) Godard, tomo I, pag. 342.

(³⁹) Ebn Jaldun, tomo II, pág. 307 y 308.

(⁴⁰) Ebn Jaldun, tomo IV, pág. 233 y 234.

CONTESTACION

del Ilmo. Señor

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

SEÑORES :

El estudio de los hechos de los musulmanes en el suelo español, tiene tan verdadera importancia, que de él depende que permanezca en la adolescencia ó llegue á la edad de la madurez nuestra historia. No hay sólo en España aquella oscuridad y complicacion que donde quiera presenta el estudio de la edad media con sus continuas mudanzas territoriales y dinásticas, sus instituciones irregulares y frecuentemente inexplicables, sus leyes crueles ó confusas ó antinómicas, sus gigantescos y solitarios monumentos de piedra y sus obras literarias imperfectas siempre, exiguas por lo comun, sepultadas las más todavía en inexplorados archivos. Fuerza es contar además y tanto en España como en Italia misma, con los gérmenes arraigados y fecundos que dejó en el seno de esta sociedad la gran ruina de Roma; frios é inertes primero, vivos y poderosos más tarde hasta predominar de nuevo en las letras y en las leyes patrias mucho antes que tuviesen fin los que ahora apellidamos siglos de hierro. Y como si esto no fuese harto, tenemos todavía de especial y único en la Península española aquel implacable antagonismo de ocho siglos, entre las más activas y absolutas creencias que hayan solicitado y encendido las almas en el mundo moderno, entre las más diversas y aún opuestas gentes que se hayan encontrado y medido jamás en la grande escena de la historia. Ni siquiera al estudiar los

dos grandes bandos militantes, y alternativamente vencedores ó vencidos, muzárabes y mudejares, moros ó cristianos, cabe comprender ambos elementos históricos en sendos círculos de naciones homogéneas. Que si esto puede hacerse con el bando español ó cristiano, no obstante la pluralidad de circunscripciones territoriales y la variedad de dinastías, de constituciones y hasta de lenguaje, que ofrecieron un día los estados diferentes de la Península, bien demuestra el discurso que acaba de oír la Academia, que ni siquiera se debe intentar otro tanto con los musulmanes. Por lo mismo hay que vencer una dificultad más, sobre las ordinarias de este período, y las singulares que presenta la conquista sarracénica, distinguiendo en esta dos elementos distintos de historia, y examinando por separado cada uno de ellos, para completar el estudio de la edad media en España.

Ahora, pues, que la Academia presta tanta y tan merecida atención á las cosas de aquel tiempo, no podia proponerse el nuevo académico, al cumplir con la obligación de nuestros Estatutos, dilucidar mejor tema que el que ha elegido sobre las dominaciones africanas. Tema era este, por otra parte, muy á propósito para el Sr. Lafuente Alcántara, que cuenta entre sus títulos literarios, la feliz interpretación que todos conocemos, de los poemas é inscripciones entrelazados en la ornamentación fantástica de los muros interiores de la Alhambra; y que trae á esta Academia apellidos harto estimados en ella, por ser los de un escritor que enriqueció no há muchos años la rica biblioteca de historias de ciudades, que poseemos, con la de aquella insigne que dió asilo á los últimos herederos de las haces triunfantes en Guadalete: jóven insigne y malogrado, cuyo recuerdo avivan en este día las frases tan debidas como elocuentes, que le ha consagrado el nuevo académico. A mí en cambio, sólo puede animarme á escribir también algunas páginas acerca de esta materia, la viva sa-

tisfaccion que siento ahora, y que debe ser desdichado el que en tales circunstancias no experimente, al abrir estas puertas á un compañero de mis primeros años, que compartió un dia conmigo el entusiasmo y el desaliento de las aulas, y que hoy con más títulos que yo, llega á tomar asiento al lado del que no há mucho debí yo á la indulgencia de la Academia. Por dicha, cuando no la competencia en ellas, la aficion al menos á las cosas de los moros, bien puede ser en uno y otro semejante, porque ambos hemos nacido en el suelo que por más tiempo hollaron los conquistadores muslimes; allí donde todo da testimonio todavía de su fortuna y de sus desdichas; ya las atalayas y castillos roqueros, ya los enriscados lugarejos de la sierra; ahora los nombres de los despoblados, ahora los templos y palacios insignes de las ciudades que conservó ile-sas á pesar de sus iras la secular reconquista.

Un gran retardo en esta, fué inevitable y dolorosa consecuencia de las dominaciones africanas; y si es singularmente interesante, señores, la contemplacion de aquellas inesperadas y espantosas luchas, no lo es menos la de los largos aplazamientos del triunfo, que desde que se recogieron á las rocas de Covadonga y del monte Pano, aguardaban impacientes cada dia los hijos de los godos vencidos: triunfo que tanto dilataron con su venida los africanos. Plaga en verdad, como dice á este propósito fray Prudencio Sandoval (1), «que por los pecados de nuestros padres enviaba el Señor sobre la triste España, cuando parecia que comenzaba á levantar la cabeza de la ruina y desventura pasada,» fueron los primeros de ellos, que se decian Almoravides. Llegados á tiempo que Alonso VI legitimaba su título de emperador con gloriosas hazañas, conquistando unas ciudades, y haciendo tributarias otras, despoblado y devastando las tierras enemigas, y poblando los conquistados y solitarios llanos de Extremadura y Castilla, pronto segaron las espigas que un largo y feliz reinado habia hecho

granar en España, y las esperanzas que corrian ya por ella de remediar del todo en breve la rota de D. Rodrigo. Unánimes afirman los historiadores árabes, que aquellas hordas y su caudillo vinieron á ruegos de los reyezuelos moros oprimidos, y de los doctores ó sacerdotes del Islam, que veian ya á punto de desarraigarse su ley en nuestro suelo ⁽²⁾; y es esto lo que parece verosímil sin duda. Pero si por ventura fué solicitada en un principio la venida de los africanos por el propio Alonso VI, de concierto con su suegro el rey moro de Sevilla, como dió á entender su contemporáneo, aunque no del todo seguro historiador D. Pelayo, obispo de Oviedo, y afirman resueltamente el arzobispo D. Rodrigo y D. Lúcas de Tuy, insignes historiadores de tiempos cercanos ⁽³⁾, la pena de su culpa la sufrió ya en vida el imprudente monarca. Los africanos, de quien al parecer se esperaba que debilitasen el imperio musulmico, acrecentando en él las guerras civiles, se unieron fácilmente por el contrario con sus correligionarios de aquende el Estrecho, queriendo estos, segun decian, guardar antes camellos de Almoravides, que no puercos de castellanos: frase que hallo por cierto en el arzobispo D. Rodrigo, y aplica sólo al rey de Sevilla una relacion musulmana, de donde la tomó quizás el historiador castellano. Juntos pues, bajo una sola bandera los moros de España, con los que vinieron de África, y al mando todos ellos de Yúsuf-Ben-TeXufin, príncipe de los Almoravides, derrotaron á los condes D. García y don Rodrigo, que se presentaron los primeros á defender la frontera; y revolviendo luego sobre el mismo rey Alfonso, que sin desaliento ni demora habia reunido otro ejército en el cual se contaban muchos extranjeros, lo vencieron tambien en la batalla de Badajoz, segun la llaman los Anales complutenses y compostelanos ⁽⁴⁾. Peleó allí D. Alfonso con valor, digno de su pasada fortuna: rompió las primeras haces que eran las de los andaluces, al decir de los árabes; puso

en grande estrecho el campamento africano, y ya tenia por segura la victoria, cuando un mensajero vino á advertirle que de improviso habia sido atacado y tomado por otros moros su campo. A recobrarlo acudió en persona al instante el valeroso monarca; y, si no lo logró, detuvo lo que quedaba de dia con los pocos que ya le acompañaban el triunfo total de los musulmanes, hasta que herido de un bote de lanza, sediento por la sangre perdida, sin agua para apagar la sed, y al fin desvanecido, lo retiraron de la lid los suyos, no sin que esfuerzos tan grandes pusieran respeto en los contrarios, de modo que se volvieron á sus tiendas al punto, sin perturbar, segun parece, aquella dolorosísima fuga. Atribuye el cronicon de los godos ó lusitano, por donde consta al por menor esta jornada, la pérdida del campo primero, y luego de la batalla, á un terror súbito que inopinadamente se apoderó de toda la hueste cristiana, por manera, que huian desafortadamente los más, sin que nadie corriera tras ellos: terror causado sin duda por la primera vista de los espantosos y desconocidos enemigos, que aparecieron con aquella ocasion delante de los españoles (3). Mas como si esta afliccion no fuese bastante para D. Alfonso, aconteció no mucho despues, que su hijo único D. Sancho, fruto de aquel amor romancesco que en la hija del rey poeta de Sevilla, inspiró la sola fama de sus hazañas, fuese muerto, cuando sólo contaba de doce á trece años de edad todavía, con la principal nobleza de Castilla, en los tristes campos de Uclés, donde de nuevo triunfaron los Almoravides. Fuéron en tanto real de los bárbaros por algun tiempo las pintorescas alturas de San Servando, sobre Toledo; y cuando el viejo monarca castellano, cuya alma robusta no llegaron á doblar tantos reveses, cedió la vida al tiempo, hubo de temblar en su último lecho, por la suerte del cetro que la Divina Providencia habia confiado á sus manos.

No abandonó esta por cierto á Castilla en los calamitosos

tiempos de D.^a Urraca. Su esposo el Batallador, con felices incursiones, amenazó ya desde la ribera española las vecinas cordilleras de Africa, y la rápida caída del imperio de los Almoravides, permitió al buen rey y emperador Alonso VII restablecer el brillo de las armas castellanas, por manera, que cuando acabadas de avasallar las provincias moras de España, vinieron sobre las de los cristianos, hallaron ya en guarda de ellas los Almohades, no al dócil y malogrado D. Sancho, ni á los turbulentos magnates, que en la minoridad de su hijo destruyeron la monarquía, sino á este hecho hombre, y anunciando ya que su dictado de Alonso VIII seria de los más gloriosos de nuestra historia. Y sin embargo, no le dió con fácil mano sus dones la fortuna. Los Almohades, con fútiles pretextos en verdad, caballerescamente desafiados por el jóven monarca español, si hubiéramos de dar crédito en este punto al autor del libro arábigo denominado el *Cartás* (6), que inserta literalmente el reto, desembarcaron en Andalucía, y entrando por las gargantas de Sierra Morena en Castilla, rompieron otra vez á los castellanos cerca de Alárco, y de nuevo amenazaron á Toledo. Mantúvose pues, hasta entonces la superioridad de las armas de Africa sobre las españolas, á pesar del heroico valor de que dió Alonso VIII no menor muestra en Alárco, que ofreciera en Badajoz su antecesor Alonso VI. Menester era un grandísimo esfuerzo, y el rey de Castilla, ajustadas treguas por lo pronto con el africano, y sosegadas las reyertas interiores, no se descuidó un punto en preparar los medios de hacerlo, contando no sólo con los recursos de su reino y con los de los demás monarcas de la Península, sino con los del Cristianismo entero justamente alarmado de las oleadas de bárbaros que, de vez en cuando, venian á azotar las costas españolas. Las armas, no bastantes ya, pidieron auxilio á la fe, y lo hallaron en ella muy grande. Un arzobispo, historiador, político y valeroso en los combates, D. Rodrigo de Toledo, cuyo elogio resonó elo-

cuentemente en este sitio no há mucho, pasó á Roma, y obtuvo del Papa indulgencias, y la publicacion de la cruzada: otros prelados españoles y algunos extranjeros imitaron su ejemplo, y con ayuda de todos, se formó aquel grande ejército de cristianos nacionales y extranjeros, que con mengua de la innumerable hueste de Almohades, guarecida en Sierra Morena, sitió y rindió el castillo de Calatrava. Inútil seria referir cómo desde allí se tornaron los extranjeros; y cómo el rey y el arzobispo con otros reyes y prelados se adelantaron no obstante, sin miedo, hasta la estrecha garganta, que forma entre montañas casi inaccesibles, aquel pequeño rio que murmura en lo hondo de los barrancos, por entre los cuales se viene de Andalucía á Castilla, no sin bañar los mismos estribos del paso de la Losa, donde se hicieron fuertes los Almohades. Baste recordar, que ocultando hábilmente su arriesgado movimiento á los infieles, y guiados de un pastor cristiano, que por allí andaba, los españoles rodearon por desfiladeros, donde sólo era posible ir de uno en uno, los altos riscos que forman la márgen derecha del rio, y fuéron á sentar sus reales en los abiertos campos ó navas donde hoy se asientan el lugarejo y la antigua, aunque ya reedificada ermita de Santa Elena, en la cual se conserva todavía, antiguo cuadro, probablemente copiado de otro más viejo, donde está al vivo representada la batalla (7). Conocidas las más de estas circunstancias por la hermosa relacion latina que contiene el libro 8.º de la historia *De rebus Hispaniae* de D. Rodrigo, y que por él mismo se supone traducida, no sin particular elegancia en romance, y tambien por la curiosa carta de D. Alfonso al Pontífice, que copió en Roma el embajador Garcilaso, y publicó Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (8); forzosamente derivadas á mi juicio las otras de los datos que ambos documentos ofrecen, comparados con los lugares de que se trata, podrian dar ocasion sin duda á discusiones, ajenas por hoy de mi propósito. Lo cierto es que

cuando en el siglo xvi cruzaba el insigne Bernardo Navagiero aquellos parajes solitarios por el antiguo y difícil camino que sustituyó con el presente Carlos III, halló las laderas cubiertas de cruces todavía; piadosa memoria, según la tradición que le contaron, de los valientes cristianos que perecieron allí, y que sólo por ser pocos, pudieron ser señalados, en una grande y sangrienta batalla, que no parece ser otra que esta que llamaron de Úbeda, las crónicas, tal vez por caer aquella ciudad á la parte hácia donde fueron arrollados los moros, y es conocida tambien de los nombres de la sierra y el llano donde comenzó ó tuvo fin, por la del Muradal, y de las Navas de Tolosa (9). Las esperanzas que hizo concebir aquel triunfo fueron tales, que la *Crónica general*, adoptando una frase que casi igual se halla en historiadores árabes, dijo ya, en los días de Alonso X, que de resultas de él «fueron los moros tan quebrantados, que nunca jamás alzaron cabeza en España (10)». Pero ni el augusto compilador de aquella obra, ni los vencedores de las Navas contaron ciertamente con los Beni-merines, que habian de hacer indispensable una batalla igual, y otro rey y arzobispo por lo menos tan grandes.

Fué el rey este D. Alonso XI; y el arzobispo otro de Toledo D. Gil Alvarez de Albornoz. Sólo en el campo de batalla hubo gran diferencia, porque ya no disputaba el Islam á Castilla los pasos de Sierra Morena, sino los puertos y calas del Estrecho, por donde desde los tiempos de Taric ben-Zeyyad habian hecho los infieles sus entradas en la Península. En esta ocasion se combatió á orillas de un arroyo ó rio salado que corre á media legua de Tarifa; y tal fué la semejanza de la batalla con la de las Navas, que al leer la Crónica de D. Alonso XI, parece como que se lee en pasajes enteros ni más ni menos que la historia de *De rebus Hispaniae* del arzobispo toledano. Aquí como allí eran innumerables las huestes de los bárbaros: aquí como allí corrieron peligro personal los monarcas castellanos durante

la indecision de la batalla ; aquí como allí, al querer meterse el rey á vencer ó morir por los moros, lo detuvo el arzobispo toledano, diciéndole, poco más ó menos, como su antecesor á Alonso VI : « Señor, señor, estad quedo, et no pongades en aventura á Castiella et Leon : ca los moros son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor » (11). Pudo pues con razon el discreto autor de la Crónica de este rey comparar y cotejar ambos hechos de armas teniéndolos por semejantes ; y si por ventura no asiente la posteridad al fallo que él pronunció, prefiriendo con mucho la gloria de Tarifa á la de Úbeda, tampoco habrá ó hubo entonces quien tuviera esta por menor, ni en España ni en la Europa cristiana, segun se ve por la expresiva mencion que hace del suceso, como de los más señalados del mundo, el ilustre florentino Juan de Villani, que comenzó á escribir reciente aún su memoria (12). Y en cuanto á los dos principales personajes que figuraron en una y otra ocasion, difícil seria á la crítica decidir de plano sobre la preferencia debida al mérito de uno de los dos prelados ó de uno de los dos reyes, siendo de una parte incomparable con otro D. Alonso VIII en el esfuerzo varonil con que alcanzó sus triunfos, y en la constancia heroica con que sobrellevó sus adversidades, sin desentender por eso los deberes de rey justo y celoso del bienestar de sus súbditos ; y habiendo de reputarse por superior D. Alonso XI como legislador y político á todos los monarcas castellanos, sin que por eso desmereciesen tampoco en él las prendas de constante y valeroso guerrero : contándose por otra parte D. Rodrigo de Toledo por el primero de los historiadores españoles en la edad media, y sin rival en el mundo en aquel siglo, y alzándose, como se alza, la gran figura de don Gil Alvarez de Albornoz en el siguiente, no ya sobre las de todos los políticos y guerreros españoles, sino sobre las de todos los guerreros y políticos que en Italia, Alemania y Francia dirigian á la sazón los negocios del mundo cristiano.

Digno por cierto este D. Gil de mayor fama que la que alcanza todavía ; útil amigo y servidor incansable de D. Alonso el XI, y víctima humilde y fiel de las iras de su hijo D. Pedro ; predicador que admiró en los púlpitos de Florencia á los compatriotas, y discípulos de los primeros de los poetas, los primeros de los artistas y los primeros de los doctores del renacimiento ; político á quien no desconcertaron ni las temidas astucias de los célebres Viscontis milaneses, ni las revueltas populares que suscitó en Roma con su clásica facundia el infeliz Colá de Rienzi ; guerrero, en fin, nunca vencido, que ni esquivó el combate singular cuando lo retaron los paladines, ni retrocedió ante las organizadas hordas germánicas, que comenzaban ya á introducirse en Italia, ni necesitó para recobrar los estados temporales del Papa, perdidos cinco siglos há, contra grandes ejércitos enemigos, otra guia que su fe, ni más ayuda que su mente y su corazon, igualmente poderosos é invencibles (13). ¡Qué prelados y qué reyes aquellos ! pero tambien ¡qué adversarios y qué peligros !

Por fortuna estos pueden medirse fácilmente, deduciendo de lo que ha costado á franceses y españoles vencer con todos los recursos de la cultura á los africanos del dia en las últimas guerras, lo que seria ahuyentar á sus antepasados de suelo propio tambien, como venia á serlo ya España, con armas iguales y con iguales recursos en la edad media. Muy exactamente podemos hacernos cargo tambien del carácter, costumbres y género de vida de aquella gente, porque puede decirse que ella no ha desaparecido del mundo aún, y tiene recogido su estudio la geografía desde el punto mismo en que lo abandonó la historia. La especie de inmovilidad que llega á producir en sus adeptos el mahometismo, aprovecha singularmente á la investigacion en este punto. Entre el Nilo y el Océano, desde el (14) *Tell* marroquí y el argelino hasta el Belad-es-Sudan ó país de los negros y la Senegambia, están aún los límites del

Sahara ó gran llano, que es lo que quiere decir, de África; harto más inexplorado que desierto. A la verdad, si su inmensa extension es comparada con el número de gentes que lo puebla, tal denominacion de desierto no deja de ser bien merecida; pero es el caso que más allá de las fronteras de las antiguas regencias y de las del imperio marroquí, entre el litoral septentrional que se conoce desde los primeros dias de la historia, y el litoral meridional, explorado tambien y frecuentado por los europeos de algunos siglos á esta parte, existen y han existido siempre grandes agrupamientos de hombres, habitando sitios frondosos y frescos, y á la manera de las manchas del leopardo, salpicados, segun la expresion árabe, en los arenales estériles. De estas gentes, bastantes siempre para formar innumerables ejércitos, se compusieron los de los Almoravides, Almohades y Beni-merines. Originarios de un mismo tronco, la raza de ellos habitó algun dia, por lo que dice Ebn-Jaldun, el más insigne de los historiadores africanos ⁽⁴⁵⁾, todo el espacio de tierra comprendido entre la Mauritania ó Maghreb-al-Acsá y Alejandria, y desde el mar Romano ó Mediterráneo, hasta el país de los Negros; y árduo seria por cierto hallar entonces entre unas y otras familias sensibles diferencias. Pero el tiempo, nunca ocioso de todo punto, por una parte, y por otra la invasion y predicacion de los árabes, que es el más importante de los acontecimientos históricos en África, seguidos de la emigracion constante de tribus de aquella raza, que ha atraído siempre á estas partes la facilidad de pasar el istmo de Suez y la semejanza de país y de vida, acabaron por producir mudanzas, que dieron lugar á que comenzaran á señalarse en la gente originaria innumerables tribus y grupos de tribus, con alguna variedad en los hábitos y sentimientos. De estas tribus, tres son las que, sacadas del laberinto genealógico de los árabes, merecen á mi juicio, especial mencion, así por su propia importancia, como por la que alcanzan en la historia de España, á saber:

la de los Sanhajas ó Sanhachas ; la de los Zanagas , Zenatas ó Zenetes , y la de los Masmudas . Extendiéronse por el desierto los primeros desde los confines de la Abissinia y del Sudan hasta los estribos meridionales del Atlas , mucha parte de los montes y valles del Maghreval-Acsa y el territorio que separa esta region de la Ifrikia ó regencias de Túnez y Trípoli y comarcas de Bugia y Constantina . Los segundos poblaron casi solos la cordillera del Atlas , y derramaron sus aduares por las dos vertientes de la sierra hácia el Maghreb y el Sahara . Diéronse los terceros por su parte á recorrer sin cesar y sin morada fija la region de los dátiles , desde las cercanías de Trípoli hasta Ghadamés , en el desierto , y desde este lugar hasta el Sus-al-Acsa ó provincias meridionales de Marruecos , siguiendo paralelamente hasta su fin la línea formada por la caida oriental de las cimas del Atlas . Un nombre general , el de Bereberes , impropio , segun el citado Ebn-Jaldun , da á conocer en la historia á estas gentes que se distinguen tambien por otros diversos de los que arriba quedan señalados , como el de Amazirgas ó nables que llevan los que habitan las provincias marroquíes , el de tuariks ó tuaregs , de Tuat , region vasta situada en el desierto al Sudoeste de Marruecos , y el de Chambas , con que conocen hoy los franceses á los más próximos habitantes del Shara argelino . En mi opinion , Almoravides , Sanhachas , Tuariks , de una parte ; de otra , Almohades , Masmudas , Amacirgas ; de otra en fin , Benimerines , Zenetes y Chambas , forman tres grupos de nombres que tienen un mismo sentido histórico en España , y representan otras tantas revoluciones político-religiosas en África , al propio tiempo que son apellidos distintos con que han solido y suelen distinguirse ciertas variedades de la raza Bereber , cuyos individuos conservan por lo demás indelebles las principales cualidades con que nuestros padres los conocieron hace siglos . Ahora , como entonces , los hay que labran sus hazas en las vecindades del *Tell* argelino y en las

vertientes orientales del *Tell* marroquí; los hay pastores de macilentos pero numerosos rebaños, que conducen trabajosamente cada día á los pozos abiertos en los cauces de sus rios sin agua ⁽⁴⁶⁾; los hay, por último, que cruzan continuamente las inmensas soledades en busca de caravanas que saquear, ó de rebaños enemigos en que hacer presa. Son estos postreros los Tuariks, gente la más desconocida del mundo antiguo: blancos los más en el desierto central, de que son señores, negros no pocos en las vecindades de la oscura línea de séres humanos que comienza en las fuentes del Senegal y del Níger, no léjos de la hasta hace poco fabulosa Tombuctú, y va á morir en los tormentosos brazos de mar, por entre los cuales se adelanta el Cabo de Nueva Esperanza al Océano. Tales están, como el doctísimo Ebn-Jaldun y el discreto autor del *Cartás* los conocieron: en el propio espacio se hallan que con el nombre de Sanhacha les marcó Omar-Ebn-Alwardi de Alepo, en su rudo Mapa-mundi del siglo xiv de nuestra era ⁽⁴⁷⁾. Estaba allí aguardando esta gente, desde los principios del género humano, la ocasion de intervenir en la historia, cuando hallaron el lema religioso, y el gran caudillo Yúsuf-Ebn-TeXufin, que los condujo hasta los campos españoles para dar principio en ellos á las dominaciones africanas; no sin poner antes espanto en Badajoz ó Zalaca en los guerreros del Cristianismo. Y lo puso con razon durante los primeros años aquella extraña hueste salida de las costas de un mar nunca visto aún por bajeles ni navegantes, si hemos de creer á los más de los geógrafos y al mayor de los poetas peninsulares ⁽⁴⁸⁾, y de orillas de rios cuyo origen nadie ha alcanzado á saber todavía; que arrastraba además consigo en aliados escuadrones la antigua y horrible nacion de los etíopes, terror de los egipcios y asombro de los romanos, presentándolos como privilegiados guerreros y aún señores en esta Europa, que despues de diez y nueve siglos de Cristianismo, no acaba de resignarse á dejar de tenerlos por esclavos.

Jamás por menores principios comenzó acontecimiento más grande. Había, y tal vez haya todavía, á la desembocadura del Senegal ó Sanag y Sanhacha en el Océano, cierto islote, ó bien situado en la misma mar, como el autor del *Cartás* supone, ó bien en el lecho del rio, como da á entender Ebn-Jaldun y prefiere su intérprete, ó acaso entre el mar y el rio, en el Delta, donde tambien podia tener lugar el hecho que consta de que frecuentemente las mareas lo dejasen en seco (49): allí fué donde, como es sabido, se recogieron los siete primeros discipulos de Abdallá, que eran Sanhachas Lamtunenses, ó de la tribu de Lamtuna, y tomaron el nombre de Almoravides, *morabitin* ó santos; allí se congregó el primer millar de creyentes en la pureza del dogma y la reforma de costumbres que ellos predicaban; de allí y de las inmediaciones salió al fin á derramar á viva fuerza su doctrina por África un ejército compuesto de hombres montados en sus camellos, *meharies*, armados de largas lanzas, y cubiertos los rostros con el *litsam* ó velo, ni más ni menos que ahora los Tuariks sus descendientes (20). Ni desmintieron al predicar religion estas gentes sus costumbres de entonces ni de ahora, porque es fama que fué la primera de sus hazañas robar los rebaños de Sechelmesa. Divididos luego en dos grandes trozos, ó para extenderse más fácilmente, ó para contentar mejor dos ambiciones distintas, el uno á las órdenes de Abú-Beer marchó sobre el Sudan, haciendo allí á placer conversiones y estragos; el otro mandado por Yúsuf-Ebn-TeXufin, primo de aquel y hombre realmente extraordinario, rompió por las fronteras de Almaghreb, fundó la ciudad de Marruecos, dando con ella nombre al futuro imperio, y llegando de triunfo en triunfo al Estrecho de Gibraltar, sintió allí como todos los guerreros que han visitado cualquiera de las dos riberas, el deseo de dominar en ambas á un tiempo. Nada puede añadirse al cuadro elocuente que un moderno historiador extranjero (21) ha sabido trazar, del estado en que á la sazón se

hallaba la España musulímica. Perdida la fe y con ella la moral pública, que no tenia por entonces otra guarda en ninguna parte del mundo, rota la confianza de unos en otros, y decaido el valor antiguo de los musulmanes españoles; sus letras, que era lo único en que andaban florecientes, sólo servian ya para eternizar, por medio del arte de la poesía, sus afrentas, sus lamentos y sus desdichas. Á creer á sus historiadores, ya Alonso VI, antes aún que el rey Batallador, habia amenazado desde la isla de Tarifa las costas africanas; y ó el hijo del desierto, ó el de Castilla, habian de ser necesariamente en breve plazo lo que ellos llamaban reyes de *odoweteni* ó de ambas orillas. Lo fué Yúsuf-Ebn-*Texufin*, por desgracia; y si sus descendientes no pudieron en el corto tiempo que les duró la dominacion acabar su obra, subyugando del todo á los cristianos de España; tampoco estos, cuando pasadas las turbulencias y minorías tuvieron el propio territorio en paz, y grandes príncipes ocupando los tronos, lograron recobrar de una vez todo lo que antes habian perdido.

Porque al imperio de los Almoravides en África sucedió bien pronto el de los *Almohades* ó unitarios. Su fundador Ebn-Tumert, era el segundo que pretendia, entre los ignorantes africanos, que se le tuviese por Mehdi, ú hombre iluminado de Dios, y destinado, como enseñaban ciertos sectarios, á remediar un dia todos los males del islamismo. Desde Oriente, donde estudió sin duda en las academias de Bagdad y Alejandría, vino á Trípoli, y luego á Marruecos, predicando las doctrinas de la secta *axarita* que abrazó, acerca de los atributos de la divinidad, la predestinacion y la forma de interpretar el Corán. Vigilado desde luego como sospechoso por el vencedor de Uclés, Aly el Almoravide, se refugió en el Atlas, y sublevó á los Berberes que lo habitaban, contra la dominacion de sus hermanos del Senegal, que, á la verdad comenzaban ya á ver entonces todas las tribus maghrebina con ceño. Siguiéronle,

pues, fácilmente las tribus masmudas, que habitaban las dos vertientes del Atlas, desde las fuentes del Guadalabid tributario del Omm-rebiâ, hasta la costa occidental del Océano. Tinmelel, ciudad y altísima montaña del Atlas, siempre cubierta de nieve, de donde viene su nombre, que significa blanca, fué el principal foco del levantamiento. Uniéronse á él, como suele acontecer en tales casos, los descontentos de todas partes; pero especialmente fuéron auxiliados los masmudas, por los Zenetes, que vivian al Oriente del Atlas, en el Shara vecino, y por tribus enteras del litoral Mediterráneo, como la poderosa de los Kumias, que abandonó por seguir á Ebn-Tumert los fértiles campos de Archgul ó Rachgun, y otros más cercanos aún á Tremecen que cultivaba. De esta suerte los Almohades procedian del Oriente y del Norte de Africa, así como sus enemigos los Almoravides habian venido del Sur de aquel continente; y de unos á otros habia la diferencia que hoy mismo se advierte en el Shara, entre los hombres de las tribus vecinas del *Tell* argelino, que llevan descubierto el rostro, y procuran ocultar los de sus mujeres, aunque no con total éxito á lo que parece ⁽²²⁾, y los de las tribus que caen hácia el Sudan, notables por el velo que cubre sus cabezas, y algun tanto tambien por la mayor libertad de sus mujeres. Lo demás era todo en unos y otros ó comun ó semejante. Y cuando Abdelmúmen, natural de un lugarejo situado en la marina de Oran, y discípulo querido de Ebn-Tumert, sucedió á su maestro en el gobierno de los Almohades, y emprendió decididamente la guerra sobre África; y más tarde cuando su nieto Yúsuf-Aben-Yacub, el vencedor de Alárcos, la trajo sobre España, los Beberes de las diferentes tribus, fácilmente reconciliados, habian ya vuelto á formar un tal conjunto que debia de ser árdua, si no imposible empresa, distinguir las huestes de Almohades de las de sus antecesores los Almoravides. No supieron, pues, distinguirlos unos de otros los cronistas castellanos; pero su-

pieron ya sus guerreros vencer á los Almohades, que mandaba Mohammad-Annasir en las Navas; donde formaban tan increíble muchedumbre, y fué esta de tal modo segada por las cuchillas españolas, que las faldas orientales del Atlas y la frontera de Levante del Magreb-al-Acsa, region de la cual procedian principalmente los Almohades, como va dicho, quedaron de resultas, segun refiere el autor del *Cartás*, totalmente despobladas.

Ya por entonces, sin embargo, las tribus Zenetes que habitaban el territorio situado entre los rios Zá y Muluya solian guiar sus rebaños á los pastos del *Tell*, durante el verano, como acostumbran á hacerlo todavía, trayendo consigo dátiles y perfumes para cambiarlos por granos del Magreb-al-Acsa, y hacer así sus provisiones de invierno. Un año, dice el *Cartás*, encontraron los de la más noble de estas tribus llamada de Benimerin, desiertas las praderas, y abandonados los aduares y los pueblos, por tal manera, que no tuvieron dificultad alguna los bienhadados pastores, en aposentarse en ellos. Estimuladas por esta rara facilidad de adquirir haciendas acudieron luego, unas tras otras, las demás tribus Zenetes de aquella region, las cuales llegaron con sus camellos y tiendas, y tranquilamente se fuéron posesionando del país vacío. Llegó un dia, al fin no cesando ellos de extenderse por la tierra adelante hácia Occidente, en que tropezaron con los Almohades que opusieron alguna, si bien breve y flaca resistencia, y de esta suerte Abdelhac, que fué el primero que acaudilló á los Zenetes, y los hijos de este, en especial Abu-Yúsuf-Yacub, el mayor hombre de ellos, ocuparon fácilmente el trono de Marruecos, que aunque más de nombre que de hecho se dilatava todavía por España. Volvieron pues á reputarse los africanos por señores en nuestro suelo, y especialmente del territorio comprendido entre el Estrecho y las márgenes del Guadalquivir, por más que no pudiera decirse nunca como de

sus antecesores que consolidasen aquí un imperio. Pero el más ambicioso de estos caudillos ó príncipes Benimerines llamado Abúl-hacem, que pretendió una vez más la conquista de España, fué aquel que venció Alonso XI en el Salado, y de tal manera, que ni él ni sus sucesores pensaron ya en disputar de nuevo á los españoles, cristianos ó moros, la dominacion de la Península. Ni más han vuelto á parecer los hijos blancos y negros del desierto, delante de los escuadrones castellanos, que como tibios auxiliares en las lides granadinas, ó bien como gente extraña y escogida en las vecindades de Ceuta, cuando guiaron allí sus revueltas y heterogéneas hordas el sanguinario Ismael, y el bárbaro Muley-el-Yezid, durante el pasado siglo; ó bien por último en la guerra pasada pocos é impotentes ya, y siempre al fin, aunque valerosos fugitivos.

Puede, pues, decirse, señores, que los tres ejércitos más bien que no imperios de Africa, se ven en nuestra historia como esas montañas, ó más bien rocas separadas al acaso de las grandes cordilleras durante las últimas revoluciones del globo, y solitarias alguna vez en las vegas, por donde rios caudalosos llevan á morir silenciosamente sus aguas. Detenida la corriente de uno de estos rios con la interposicion de la montaña, tal vez ruge y se estrella inútilmente por algun tiempo; pero al fin se abre paso en la ladera, y aunque no sin largo y penoso rodeo, vuelve á entrar en la llanura, corriendo mansamente como solia, y haciendo esperar de nuevo que llegará en breve plazo al Océano. De esta suerte el Tajo azota los peñascosos cimientos de Toledo, y no alcanzando á arrollarla con su corriente, la circunda casi del todo hasta hallar por bajo de sus torres nueva y fácil entrada en la vega; y de la propia manera la reconquista, que caminaba serena y triunfante por las provincias meridionales de España, tropezó primero con los Almoravides, con los Almohades luego, por último con los Benimerines, que opusieron obstáculos, por de

pronto insuperables, á su curso, hasta que el valor y la constancia la abrieron al cabo otros cauces por donde llegar á su término, no sin un rodeo de tres siglos. Tales, tan numerosos y temibles adversarios, y tales y tan grandes peligros, si retardaron la reconquista, no pudieron impedir, sin embargo, que los que sólo fuéron algun dia reyes del Pirineo, llegaran á serlo al fin, no ya de la Península entera, sino además de otros innumerables países vecinos y lejanos. Al calor de aquella inmensa hoguera, que consumió la heterogénea monarquía de los godos, se fundió primero, y tomó luego su duro temple la nacionalidad española. Ha logrado en no remoto tiempo la penuria de la Hacienda, antes que el rigor de las armas, destruir nuestros tercios y nuestros bajeles: han podido nuestra tierra exigente, y nuestro cielo avaro, de acuerdo con falsas máximas de administracion y gobierno, dejarnos bien atrás en el camino de adelantos contínuos que recorre la Europa hace dos siglos: se han disipado por consecuencia los más de nuestros descubrimientos y conquistas, y ha padecido un eclipse del que apenas comienza á salir todavía el astro de nuestra grandeza y nuestra fortuna. Pero hubo siempre en nuestros padres, y aún despojada de la vana jactancia que la desluce en ocasiones, realmente hay tambien en nosotros, una cualidad que basta para que, cualesquiera que sean las desdichas, jamás lleguemos á merecer el desprecio del mundo, y es el amor inquebrantable de la patria que adquirió la gente española en la árdua y laboriosa reconquista, y principalmente en los terribles choques con los africanos, que brevemente he recordado en este discurso. — HE DICHO.

NOTAS.

(¹) *Chronica del inclito Emperador de España D. Alonso VII*, por F. Prudencio de Sandoval, pág. 2, Madrid, año de 1600.

(²) Dozy, *Histoire des Mulsulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides*, tomo IV, pág. 198 y siguientes. Esta obra, escrita con gran preparacion, y con mucha conciencia, resume perfectamente el espíritu de los historiadores árabes de los tiempos que precedieron inmediatamente al imperio de los Almoravides.

(³) «Post haec cum tantis prosperitatibus ad tantam elationem pervenit (Adephonsus VI. Rex), ut extraneas gentes quae Almoravites vocabantur, ex Africa in Hispaniam per Regem Abenabeth inmissit, cum quibus praemia multa fecit, et multas contumelias, dum vixit, accepit ab eis.» — Pelagii Oventensi Episcopi, *Chronicon Regum Legionensium*, §. 12, pág. 488 del tomo XIV de la *España Sagrada*.

«Et de concilio soceri Avenabet vocavit (Aldefonsus) ab Africa Almoravides, qui in gente Arabum tenebant tunc temporis principatum, ut eorum auxilio uteretur contra Arabes cismarinos. Sed in contrarium res evenit.» — Ruderici Toletani, *De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. XXX, pág. 143, ed. de *Padres Toledanos*.

«Cum igitur Rex Adephonsus regnaret securus, com tantis prosperitatibus acceperit filiam Regis Benabeth, ut praemissum est quasi pro uxore, et genuit ex ea Sanciam. Deinde habito consilio cum Benabeth evocavit ad Hispaniae partes, barbaras transmarinas gentes, quae Almoravides sive Almophades vocantur. Putaverat enim Rex Adephonsus, quod praedictae gentes pugnarent cum caeteris sarracenis, et mutuo gladio barbari delerentur.» — Lucae Tudensi, *Chronicon Mundi*, pág. 101, tomo IV de la *Hispania illustrata*.

(⁴) «In Era MCXXIV. Die sexta feria, scil. X. Kal. Novembris, die Sanctorum Servandi et Germani fuit illa arrancada in Badalozio, id est, *Sacralias*, et fuit ruptus Rex Domnus Aldefonsus.» — *Annales Complutenses*, pág. 314 del tomo XXIII de la *España Sagrada*.

«Era MCXXIII. Fuit illa de *Badajoz*.» — *Annales Compostellani*, pág. 322 del mismo tomo, en el cual están publicados dichos *Annales*, así como en

las *Antigüedades de España* de Berganza, parte segunda, apéndice, seccion segunda, págs. 562 y 565, Madrid, 1721.

(3) «Aera 1125. Rex Donnus Alfonsus magnum praelium habuit cum Rege Sarracenorum Yucef Bennamarin Transmarino ad faciem Civitatis Badajoz, in loco qui dicitur Sagalias (*Sacralias* alii scribunt), ubi unanimiter convenerunt cum Rege nostro Cristiani a partibus Alpes, multique Francorum in adiutorium ei affuerunt, sed Diabolo adversante timor magnus invasit plurimos nostrorum, et fugerunt ex eis multa millia, nullo eos persecuente.» — *Chornicon Lusitanum*, pág. 418 del tomo XIV de la *España Sagrada*.

(6) Véase el *Cariás* traducido al latin por Carlos Juan de Tornberg con este titulo: *Annales Regum Mauritaniae ab Ali-ben-Abdallah-ibu Abi Zer Fésano, vel ut alii malunt, Abu Mohammed Salih ibu abd el Halim Granatensi*. Al portugués por José de Santo Antonio Moura, con el titulo de *Historias do Soberanos Mohametanos das primeiras quatro Dynastias e de parte da quinta, que reinarao na Mauritania, escripta em árabe por Abú Mohammed assaleh filho de Abdel-halim, natural de Granada*. Y últimamente al francés por Mr. A. Reaumier. Paris, 1859, con el titulo de *Historie des Souverains du Maghréb (Espagne et Maroc) et Annales de la ville de Fés*. Véanse en esta edicion las páginas 309 y siguientes.

(7) «Volviendo el Eminentísimo Señor Arzobispo de Toledo, D. Francisco Lorenzana, de la ciudad de Orán el año de 1786, con motivo de la visita que hizo á sus feligreses de aquella ciudad (la única que desde el tiempo de su conquistador el cardenal Cisneros se habia hecho por el legitimo Pastor), al pasar por Santa Elena entró en la citada ermita, y habiendo reparado en un cuadro muy maltratado que habia en ella, observó que representaba la gran victoria de las Navas de Tolosa, muy cercanas á este sitio.»

«Dispuso su Eminencia que le llevasen el cuadro á Toledo, con el fin de mandarlo componer y forrar el lienzo, como efectivamente se hizo. Yo ví dicha pintura en su mal estado, y fuera de esto me pareció muy buena y como del estilo de Blas de Pedro. La representacion era, en el primer término las figuras del Rey D. Alfonso, y del Arzobispo D. Rodrigo, puestas de rodillas, como adorando una cruz roja que se aparece en el aire: el Rey vestido y el Arzobispo con roquete.»

«Por entre las dos expresadas figuras se descubre el campo de batalla, y el canónigo D. Domingo Pascual á caballo, y con la Cruz Arzobispal en la mano, penetrando por el ejército enemigo: los reyes de Aragon y Navarra con sus insignias, las de las Ordenes Militares con varios Caballeros: los Moros fugitivos: diferentes muertos por el suelo y otras particularidades.»

«Esta pintura, á la cual ya podemos darle doscientos años de antigüedad, probablemente se copiaria de otra igualmente antigua, ó tal vez más, hecha algo despues de la batalla, y con la poca pericia de aquel tiempo. Ya ve V. que en el tal caso equivaldria el tal cuadro á un documento histórico de la mayor estimacion. Fundo mi parecer en que, siendo un Profesor de mérito el que lo hizo, y en el mejor tiempo de las Artes, sin duda lo hubiera inventado con más travesura; pero se conoce que estuvo sujeto á

lo que le pondrian delante, cuya correspondencia de figuras de un lado con las del otro es muy propia de las composiciones del tiempo gótico.»—Ponz, *Viaje de España*, carta segunda, tomo XVI, págs. 87 y 88.

El cuadro existe todavía, aunque deteriorado. Da verosimilitud á la sospecha de Ponz el caso semejante que ofrece el lienzo antiguo de la batalla de la Higuera que se halló en una torre de Segovia, y de donde se copió la pintura del Escorial, segun refiere Juan de Herrera en el *Sumario y Breve declaracion de los diseños y estampas de la fábrica de San Lorenzo el Real del Escorial*.—Madrid, 1589.

(⁸) Ximena en su *Catálogo de los Obispos y Annales de Jaen*, hablando de la Cruz y demás memorias del Arzobispo D. Rodrigo en esta batalla que se conservaban todavía, dice que: «juntamente con esta Cruz dejó el Arzobispo D. Rodrigo escrito el suceso de este triunfo en lengua castellana en un libro de pergamino, que desde aquel tiempo guardan original los cofrades de la Cofradia desta Santa Cruz en la villa de Vilches;» añadiendo copia de esta relacion que es exactamente igual á la que hace el mismo Arzobispo en su obra *De Rebus Hispaniae*.

Argote de Molina en su *Nobleza de Andaluzia*, (lib. primero, capítulo L.) asegura que: «Escribio el Rey D. Alonso al sumo Pontífice (que en aquel tiempo era Inocencio tercero de este nombre) el suceso de esta batalla. Cuya carta original vió en Roma Garcí Lasso de la Vega siendo Embajador por los Reyes Católicos, y trujo la copia della á España, que traduzida en castellano dezia assi.»—Pone la carta á continuacion.

(⁹) El Navagiero en su *Viaggio in Ispagna* (cap. LXVI) refiere de este modo la piadosa memoria, que se conservaba en su tiempo en aquel paraje, de los cristianos muertos en la batalla que no puede ser otra que la célebre de las Navas.—«Passato Linares, si hanno da passar le montagne che partono l' Andaluzia dalla Castiglia, le quali si passano per un passo che ora chiamano il Porto del Muladar.

. Passando il porto, trovammo per tutto il monte gran número di Croci poste sopra i corpi di molti Cristiani, che furono ivi morti da Mori in una giornata che vi fu fatta: ma alla fine i Mori restarono distrutti.»

Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana ó española*, dice que segun el P. Guadix *Nava* en arábigo significa tierra llana. Lo cierto es que los lugares de este nombre están situados entre sierras, ó al pié de sierra. El paso de la sierra, que no pudieron forzar al principio los cristianos, se llama en las Crónicas de la Losa, de donde debe derivarse Navas ó llanos de la Losa y Tolosa, tal vez por corrupcion del vocablo.

(¹⁰) *Crónica general de España*, edicion de Zamora, 1541, cuarta parte, fólío 375.

(¹¹) *Crónica de D. Alonso el Onceno*, edic. Sancha, cap. 254, pág. 447.

(¹²) Juan de Villani, *Crónica*, lib. 7.º, cap. 11. Firenze, 1845.

(¹³) Mateo Villani, *Crónica*, lib. 7.º, caps. 100 y 103. Este autor conoció personalmente al legado.

(¹⁴) *Tell*, plural *Tolul* es una palabra árabe, que significa colina, y se encuentra frecuentemente en los antiguos poemas de los Arabes Orienta-

les. En el Africa Septentrional se usa para expresar las altas llanuras que hay al N. del Desierto, y todo el territorio situado entre ellas y el mar. Esta palabra se aplica á veces de una manera especial á la region últimamente indicada, estableciendo de esta suerte tres grandes divisiones: el *Tell*, las llanuras y el desierto. (Slane, en su trad. de Ebn Jaldun, tomo I. indice geográfico, pág. cix-cx.

(¹⁵) Ebn Jaldun, en su *Historia de los Berberiscos*, dedica un largo capítulo á la investigacion del origen de esta raza, que habita, dice, desde tiempos remotísimos las comarcas del Magreb. Los más ricos, segun él, se dedican á la vida nómada, y recorren el territorio con sus ganados, siempre armados, para acometer y robar á los viajeros, abandonando rara vez el *Tell* para entrar en las vastas llanuras del desierto. Los de la clase pobre se sustentan con el cultivo de los campos, y la cria de algunos animales, en sus casas de piedra y barro. Su traje es de lana, y por lo extraño de su idioma se les ha dado el nombre de Bereberes. (Trad. Slane, tomo I, págs. 167 y 168.)

(¹⁶) Juan Leon, llamado el Africano, moro nacido en Granada, de donde huyó á Berbería despues de la conquista por los Reyes Católicos, se entregó al estudio de las letras árabes en la ciudad de Fez, en la cual compuso varios libros de historia y uno de gramática, siendo luego apresado por algunas fustas de corsarios, y llevado á Roma en calidad de presente al Papa, que le bautizó con los nombres de Juan Leon, y colmó de agasajos, haciéndole publicar y traducir en italiano, idioma que aprendió con tal objeto, un libro que tenia compuesto con el titulo de *Descripcion de Africa*, á cuyo final estampa estas palabras:

« Questo é in soma quanto di bello é memorabile ho veduto io Giovan Lioni in tutta l'Africa, la qual é stata da me circondata di parte in parte, et qualle cose che mi parsero degne di memoria, si come io le vidi cossi con diligenza de giorno in giorno le andai scrivendo; et quelle che non vidde, me ne feci dar vera et piena informatione da persone degne di fede, che l'havean vedute; et dapoi con mia commodita questa mia fatica messi insieme, et fecine un corpo trovandomi in Roma, L'anno de Christo MDXXVI, alli X di Marzo.»

En la parte sexta del citado libro escribe hablando del *Diserto di Libia, et prima di Zanhaga*: « Poscia che habbiamo detto di Numidia seconda parte di Africa, hora vi raccontaremo d'i diserti di Libia, i quali sono divisi in cinque parti, come nel principio dell'opera s' e' detto, et per incominciar dal diserto de Zanhaga, e' questo diserto secco et arido, et ha principio dal mar Oceano cio é da ponente, et se estende verso levante, infino dove sono le saline di Tegaza, et nella parte di tramontana termina ne confine de Numidia, cio é con la provincia di Sus, di Haccha, et di Dara, et estendesí verso mezzogiorno fino alle terre di negri: cio é fino al regno di Gualata et di Tombutto.

Il secondo diserto inconincia da confini di Tegaza dala parte de ponente, et s' estende verso levante fino a confini di Hair, diserto dove habita Targa popolo, et di verso tramontana col diserto de Segelmesse, di Tebelbelf,

et di Benigorai, et di verso mezzogiorno confina con Ghir deserto che risponde verso il regno de Guber.

Il terzo deserto incomincia da confini di Hair, dal lato di ponente, et s'estende fino al deserto di Ighidi verso levante, et di verso tramontana confina con li deserti di Tuaiith, et di Tegorarin, di Mezab, da mezzogiorno con li deserti vicini al regno di Agadez.

Il quarto deserto incomincia dal confino del sopra detto Ighidi, et s'estende fino confino dove habita Berdoa popolo: et di verso tramontana confina col deserto di Techort, di Guarghela, et di Gademis, et da mezzogiorno verso i deserti che vanno á Caro regno nelle terre di nigri.

El quinto deserto incomincia da ponente da confini del sopradetto deserto, et se estende verso levante fino al deserto de Angela, da tramontana confina con li deserti di Fezzen, et di Barca, et s'estende verso mezzogiorno fino á confini dil deserto di Borno.»

Mármol (Segunda parte de la *Descripcion general de Africa*, tomo III, pág. 15), escribe:

«La Libia que Ptolomeo llamó interior, los Africanos y Alarabes llamaron Zahara, es la tercera parte de Africa.— Tiene á la parte de poniente el mar Océano Occidental, á Levante confina con Egipto, á Tramontana está la Numidia, y al Mediodía la tierra de los Negros y el rio Niger.»

(¹⁷) Este mapa-mundi acompaña á la obra cosmográfica del escritor árabe Omar-Ebn-Alwardi, de Alepo, que floreció en la segunda mitad del siglo xiv de J. C. Es un manuscrito de la Biblioteca del Escorial, en caracteres orientales. Debemos una copia de él á nuestro buen amigo el Sr. D. Francisco Javier Simonet.

(¹⁸) Camons, *Os Lusíadas*:

Assi fomos abrindo aquelles mares,
Que geração alguma não abrio,
As novas ilhas vendo, e os novos mares.

(Canto V, estrofa IV.)

Así, en efecto, pueden considerarse estos mares, no obstante la relacion de Herodoto, lib. IV, cap. XLII, citada por mi amigo el Sr. Oliver Hurtado en el discurso sobre los *Periplos ibéricos* que acaba de pronunciar para su recepcion en la Academia.

(¹⁹) Ebn Jaldun, *Histoire des Berbères*, trad. Slane, tomo II, pág. 68. *Cartás*, trad. Beaumier, pág. 170.

(²⁰) El *Cartás* (trad. Beaumier, pág. 192), inserta unos versos compuestos en honor de Yúsuf-ben-Taxuín, cuyo sentido es el siguiente: «Era aquel un rey que poseia la más alta nobleza de los Sanhadjas descendientes de Hamyr, y cuando se poseen, á la manera que este, todas las virtudes, se llega á ser humilde, modesto, y se lleva cubierta la faz.» Aludiendo con tales frases al uso del *litsam*, velo con el que los Lamtunas, fraccion de los Sanhadjas el Mulethemynes, se cubrian el rostro, como lo hacen aún en nuestros días los Tuariks, descendientes tambien de los Sanhadjas.

Estos pueblos son los mismos que nos pinta Leon el Africano como habi-

tadores del desierto, describiéndolos tal y en el propio estado en que hoy se encuentran, segun puede verse por el extracto que á continuacion va, sacado de su *Descripcion de Africa*, que antes queda citada :

« I bianchi dell' Africa sono diviti in cinque popoli ; *Sanhagia, Masmuda, Zeneta, Haara et Gumeru*. Masmudas habitano nel monte Atlante, cio é nella parte occidentale, incominciando da Heho infino al fiume di Servi. . .

.
I tre popoli detti dimorano nella campagna di Temesna, cio é Zeneta, Haara, Zanhagia.

.
I cinque sopradetti popoli, cio é Zenaga, Guenziga, Terga, Lemta et Berdeva, tutti sono da i Latini chiamati Numidi, et vivono a un istesso modo, il che e senza regola é ragione alcuna: l'habito loro e un pasmicello stretto di lana grossa, il quale cuopre la minima parte della lora persona , et alcun usa diportare in capo , o rivoltovi intorno, un drappo di tela negra , quasi alla foggia di didolipono. I maggiori et principali per esser segnalati da gli altri portano indosso una gran camicia con le maniche largue, et fatta di tela azurra et di bambigio, le quale bien loro recata da mercantanti , che vengono dalla terra negra : non cavalcano altri animali che camelli, sopra certe selle, che si pongona nello spatio, che é fra la gobba et il collo de detti camelli : et bella cosa é a veder questi tali quando cavalcano, percio che alcuna volta mettono le gambe una sopra l'altra et ambedue poscia sopra il collo del camello : altre volte pongoro in pie ni certi staffili senza staffe, et in logo di sproni udoperano un ferro il quale e' attaccato in un pezzo di legno lungo un bracio, ma con questo ferro oltra parte non pungono , che le spalle del camello.»

En 1556, se publicó en Lion una version francesa de esta notabilísima obra, en la que se intercalaron en el texto curiosísimos grabados en madera, representando á los hijos del desierto conforme á la pintura que de ellos se hace por Leon el Africano.

Juntamente con la obra anterior fuéron impresas varias descripciones y relaciones de viajes, entre las que se encuentra la *Navegacion del italiano Alonis de Cadamoste*, en la cual se describe, y tambien se representa en estampa, la figura de estos salvajes á los que se da el nombre de Azanaghas, haciéndose referencia de la costumbre ántes indicada que tenían de llevar un lienzo revuelto á la cabeza, dejando caer parte de él sobre la cara, de modo que se cubren la boca y lo inferior del rostro, al modo que sus antiguos ascendientes, que descubrian sólo los ojos.

Mármol en su *Descripcion de Africa* (tomo III) casi no hizo más que traducir lo dicho por Leon el Africano.

(²¹) Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, lib. IV, chap. I-XII.

(²²) Véase una relacion francesa de Mr. Félix Mornand, titulada *La vie arabe*. Paris, 1856.— Véase además la obra del general Daumas titulada *Le grant Désert*.— Contiene tambien muchos detalles curiosos sobre el actual estado del Africa Septentrional la obra de Mr. Leon Godard titulada *Description et Histoire du Maroc*. Paris, 1860.

S. XIX Historia

8.000.-

Domination negro africano en España

v.
t

